

Joseph Verrier, SM

**LA
CONGREGACIÓN MARIANA
DEL P. CHAMINADE**

Vol I

LA HISTORIA

© **Edición francesa: J. VERRIER, *La congrégation mariale de M. Chaminade.***

Fribourg (Suisse), Regina Mundi. 1964-1966.

8 fascículos policopiados, para uso interno.

© **2012, Servicio de Publicaciones Marianistas – Madrid. 2012**

Traducción: José Antonio Muguerza, sm

Edición: Diego Tolsada, sm

Diseño de cubierta: José Eizaguirre

Edición privada

Impreso en España/*Printed in Spain*

©**Edición digital. Ágora marianista. 2013**

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

El año 2016 y 2017 las Hijas de María Inmaculada y la Compañía de María (Marianistas) celebrarán, respectivamente, el bicentenario de su fundación.

En este contexto el Servicio de Publicaciones Marianistas ha elaborado un plan que pretende tener disponible en lengua castellana para esa fecha una serie de obras fundamentales de nuestra tradición: las del P. Fundador (sus *Cartas* y sus *Escritos y palabras*) y los libros que recogen lo fundamental de la historia de la Familia marianista: *Historia de la Compañía de María*, a cargo del P. Antonio Gascón, la *Historia de la Congregación mariana primitiva* (obra del P. José Verrier) o la biografía de los últimos años del P. Chaminade escrita por el P. Vicente Vasey.

La *Historia de la Congregación mariana* fue escrita en Friburgo (Suiza) por el P. Joseph Verrier, con el apoyo de los seminaristas de aquel momento, en los años 1964 a 1966 y editada en policopia para uso interno. La edición francesa se hizo en ocho volúmenes, según el plan siguiente:

- Volumen I: historia y documentos.
- Volumen 2: historia y documentos.
- Volumen 3 A: historia
- Volumen 3 B: documentos
- Volumen 4 A: historia
- Volumen 4 B: documentos
- Volumen 5 A: historia
- Volumen 5 B: documentos.

La edición española se hace en dos volúmenes:

- Volumen I: la historia entera desde 1800 a 1815.
- Volumen II: los documentos que no se encuentran ya editados en *Cartas I* y *Escritos y palabras I* de Guillermo José Chaminade.

EL EDITOR.

Libro I

Los precedentes

PRÓLOGO

La congregación mariana del P. Chaminade no tuvo la notoriedad ni las variaciones, que por circunstancias particulares, tuvo la congregación de París.

Sin embargo, no merece menos la atención de quien desee tener una idea exacta del catolicismo en Francia tras la Revolución, bajo el Imperio y la Restauración.

Pero sus orígenes, sus principios, su organización y los resultados obtenidos presentan un interés especial para las familias espirituales del P. Chaminade, cuyos miembros prolongan su acción a través del mundo, gracias a un apostolado que, directa o indirectamente, se emparenta con el que su fundador practicó en Burdeos, en las reuniones de congregantes. ¿No prueban hoy mismo cientos de asociaciones marianas, sobre todo en España y en América, la permanente actualidad de un método de evangelización concebido para multiplicar los cristianos, a pesar del materialismo seductor?

El estudio que los seminaristas marianistas ponen a disposición de sus mayores se presenta a la vez como una justificación de las páginas que diferentes biógrafos han consagrado a G.-José Chaminade y como una invitación a la reflexión.

Todo trabajo histórico envejece rápidamente y solo los documentos guardan su valor. Al publicar lo esencial de los que hemos recogido, hemos querido permitir que cada uno se haga una síntesis periódicamente puesta al día.

La congregación del P. Chaminade arraigó en el tronco de las congregaciones jesuitas; buscó su propio camino bajo el Consulado; se estabilizó entre 1804 y 1809; se ocultó de 1809 a 1814; volvió a aparecer bajo la Restauración y concibió grandes esperanzas...

La hemos seguido a través de su historia, acudiendo a todas las fuentes de información que hemos podido. Las *Cartas anuales* de los padres jesuitas, los archivos de la *Aa* de Toulouse, los de la Compañía de María, los del departamento del Garona, los de la ciudad de Burdeos, los de la prefectura de policía de París, junto a los archivos nacionales del Palacio Soubise, son los principales fondos de los que somos deudores.

Si nuestro ensayo de compilación llega a ser de cierta utilidad, el mérito será de todos aquellos cuya benévola acogida, cuyos consejos o servicialidad nos han permitido trabajar en los diferentes depósitos. Vaya aquí la expresión de una gratitud que no cesa de crecer cada día.

Ahora, lectores, sois vosotros quienes deberéis juzgar.

Joseph Verrier s.m.
París, 8 de diciembre de 1964.

INTRODUCCIÓN

Al llegar a Burdeos en el último cuarto del siglo dieciséis, los hijos de san Ignacio no necesitaron enseñar a la población la devoción a Nuestra Señora. Desde tiempo inmemorial, los marineros y bateleros invocaban a la Virgen de Montuzet, cerca de Roque-de-Thau y, al restablecer su cofradía en 1462, Luis XI les había autorizado a fijar la sede de su piadosa asociación en las parroquias de la ciudad, de donde la hostilidad de los juramentados los había apartado hasta entonces. En el siglo XIII los carmelitas y dominicos se habían establecido en la ciudad y su llegada había supuesto naturalmente la erección de una cofradía de Nuestra Señora del Carmen y de otra dedicada a Nuestra Señora del Rosario. Los alumnos del Colegio de Guyena, por su parte, se reunían desde antes de 1600 en el claustro de la catedral ante una estatua de alabastro (la futura Nuestra Señora de la Nave), cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos y «cuyo solo aspecto, dice Gilbert Grimaud, infundía devoción».

Sin embargo, si se habla de congregaciones marianas, tanto en Burdeos como en otros lugares, se piensa en seguida en los grupos que los padres jesuitas dirigieron allí; estas agrupaciones tuvieron una vitalidad, dinamismo e influencia que ninguna otra institución dedicada a la Virgen ha alcanzado.

Durante mucho tiempo se creyó que este tipo de asociaciones nació casualmente en 1563, por iniciativa de un joven religioso flamenco, director del Colegio romano. Hoy, gracias a los trabajos de algunos investigadores perseverantes, podemos remontarnos hasta san Ignacio en persona.

En las *Constituciones* de la Compañía estableció el principio del apostolado de las masas por grupos selectos. Sus discípulos comprendieron muy pronto la eficacia de estas asociaciones, tanto para conservar el efecto de sus misiones como para extender su influencia. Dichos grupos se multiplicaron. Desde 1540 se ve a los padres Favre y Laynez establecer en Parma una asociación cuyos miembros trabajan en su propia santificación al mismo tiempo que se entregan a obras de caridad. En Lisboa en 1548 una congregación de doscientas personas se pone como objetivo la recepción frecuente de los sacramentos y la práctica de la penitencia corporal. Por la misma época se encuentran grupos semejantes en Paula, Mesina, Nápoles, Florencia, Siracusa y en varios otros lugares que citan los historiadores de la Compañía de Jesús. En Roma, san Ignacio mismo dirige la asociación de los santos Apóstoles, doce gentilhombres a quienes confió el cuidado de distribuir las limosnas recibidas en la iglesia de la Compañía de Jesús.

En 1653, Juan Leunis no hizo sino aplicar al Colegio romano un método que sus mayores habían experimentado en otros ambientes, y que un Louis du Coudret, un Cogordan, un G. Pelletier, de los que fue sucesivamente compañero, le habían revelado con competencia y entusiasmo.

Para desarrollar en sus jóvenes alumnos el amor de la piedad, al terminar las clases de la tarde retenía a los mejores de entre ellos, los interesaba con ciertas lecturas edificantes y les daba sus consejos. Al año siguiente redactó los primeros reglamentos y los setenta estudiantes que había reunido se pusieron bajo el patronazgo de la santísima Virgen. Convertida así en mariana sin un designio preconcebido, simplemente porque por una parte era costumbre de las asociaciones tener un patronazgo y por otra que tenía sus reuniones en la iglesia dedicada a Nuestra Señora de la Anunciación, la pequeña agrupación del P. Leunis se vio llamada a superar las esperanzas de su fundador.

En 1584, otras congregaciones marianas se habían formado casi en todas partes donde la Compañía se había asentado y cada una individualmente había obtenido de la Santa Sede indulgencias y favores espirituales. El movimiento había sido tan bien lanzado y daba tan

buenos resultados, que el General de la Orden, el P. Aquaviva, decidió poner en marcha una organización definitiva.

Hasta entonces las diferentes congregaciones marianas se inspiraban en un deseo común: formar a los jóvenes en la vida cristiana y en la verdadera piedad, bajo la protección y con la ayuda de María.

Sin embargo, aparte esta comunidad de puntos de vista, ningún otro lazo las unía entre ellas... El P. Claudio Aquaviva... deseó que todas las asociaciones ya constituidas fuera de la de Roma pudieran formar como una extensa red, cuyos hilos se reunieran todos en un nudo central... Expuso, pues, al Soberano Pontífice las dificultades que encontraban las diversas congregaciones, obligadas como estaban a acudir cada una en particular a la sede romana para obtener el tesoro de las indulgencias pontificias; hizo valer las ventajas que podrían obtener de una organización que las uniera íntimamente a la congregación primaria de Roma. Gregorio XIII aprobó este designio... Firmó el 5 de diciembre de 1584 la bula *Omnipotentis Dei*.

El acta pontificia instituía la congregación del Colegio romano como centro de todas las demás y le concedía nuevos favores. Autorizaba la formación de una congregación mariana, una sola, en cada colegio o iglesia de la Compañía. A ejemplo de la de Roma, estas asociaciones se erigirían bajo el título de la Anunciación de la Santísima Virgen María, excluyéndose otro cualquiera, abiertas no solo a los alumnos sino también a los seglares afectos a la Compañía de Jesús.

También participarían en todas las indulgencias, privilegios y favores espirituales de que gozaba la congregación mariana del Colegio romano, o que se le concedieran después de que el General hubiera otorgado la afiliación.

A partir de entonces estaba asegurada la unidad. Dos años más tarde, el 5 de enero de 1587, Sixto V confirmó los favores otorgados por su predecesor y permitió al General que pudiera erigir, en cualquier establecimiento de la orden, bajo el título mariano que fuese, varias congregaciones marianas, si así lo pedía la diversidad de personas. Ese mismo año los poderes del General se extendieron a toda casa, iglesia o colegio confiados al cuidado de la Compañía, aunque no le pertenecieran.

No se podía desear más. El P. Aquaviva se apresuró a comunicar las decisiones pontificias a su Instituto y, dejando a las congregaciones de adultos la libertad que su naturaleza y su diversidad reclamaban, promulgó ya en 1587 las primeras reglas comunes a todas las congregaciones marianas colegiales.

PRIMER PERÍODO (1572-1762)

1. La primera congregación mariana en Burdeos. Sus primeros desarrollos entre los adultos

Entre los pioneros que introdujeron la Compañía en Burdeos, fundando allí en 1572 el colegio de la Magdalena, Leunis no era ningún desconocido. Edmond Auger lo había defendido con un ardor entusiasta cuando habían criticado su obra; Charles Sager había podido apreciar, tanto en Billom como en París, las ventajas de las congregaciones marianas; Edmond Hay, antiguo Provincial de Francia, había sido rector del colegio de Clermont, en París, el mismo año en que Leunis había organizado allí la segunda congregación mariana. Nada más natural que estos hombres trataran en seguida de utilizar un método cuya eficacia habían constatado personalmente.

La primera vez que las *Cartas anuales* mencionan la congregación de Burdeos es en 1586; pero hablan de ella como de una institución que ya había merecido y adquirido derecho de ciudadanía. De hecho, el P. Wicki nos informa de que la fundación se remonta al año 1576, y al hombre a quien las pasiones políticas llamaron «el Correo de la Liga», Claude Mathieu.

Entrado en el noviciado en Roma en 1558, Provincial de Aquitania y luego de Francia, también él estaba preparado para actuar con conocimiento de causa. Su esfuerzo parece haberse dirigido hacia los hombres cuya influencia podría secundar la acción de los padres en la ciudad. Los documentos que conocemos hoy no lo dicen de forma explícita; incluso nos dejan en la ignorancia de con qué título fue erigida la congregación mariana; pero lo que sí parece es que nunca solicitó su afiliación a Roma y el visitador P. Maggio señalará en 1601 que las reglas de la *prima primaria* no estaban en uso en Burdeos. Estos detalles invitan a pensar que la congregación mariana bordelesa no estaba esencialmente destinada a estudiantes. Se convertirá en la congregación de Nobles. Como muchas de las congregaciones marianas primitivas, sin duda se reclutaba en la alta sociedad y entre los alumnos mayores del colegio. Formada antes de la bula *Omnipotentis Dei*, probablemente obtuvo favores e indulgencias dirigiéndose directamente a la Santa Sede. En 1587 se alegra de una carta del Sumo Pontífice, es decir que podría tratarse de la bula de Sixto V.

El colegio prosperó rápidamente. Dos años después de su fundación contaba mil quinientos alumnos repartidos en nueve clases.

Los jesuitas habían reunido a su alrededor a todos los católicos –dice su más reciente historiador– y se sentían apoyados por una parte del Parlamento.

Sin embargo, las consecuencias de los disturbios que dividían entonces el reino de Francia no tardaron en surtir efecto en Burdeos igual que en otras partes. El 31 de julio de 1589, tras varias alertas que todos los cronistas de la Compañía han registrado, por orden del mariscal de Matignon, los padres abandonaron la ciudad, «esperando tiempos mejores». Se retiraron a su priorato de san Macario, a cuarenta kilómetros de allí. El colegio fue ocupado por las tropas y se suprimieron todos los cursos.

Los tiempos mejores tardaron en llegar. Conocemos la continuación de los sucesos: asesinato de Enrique III, guerra civil, abjuración de Enrique IV, atentado de Chastel y finalmente destierro de los jesuitas en 1585.

Sin embargo, la congregación mariana sobrevivió a la partida de su director. No pudiendo ya reunirse en el colegio, encontró asilo con los padres franciscanos, donde durante once años tuvo sus reuniones. Es de suponer que no olvidaría su primera familia y que contribuyó a mantener simpatías hacia la Compañía. De hecho estas eran bastante fuertes para que el Parlamento de Burdeos rechazara aceptar la voluntad real sobre el destierro de los jesuitas. Enrique IV no insistió. Desde 1596, el mariscal de Matignon autorizaba a los padres

a alojarse y retirarse en su propio colegio, cuando pasaran por la ciudad para sus asuntos..., aunque sin poder permanecer allí más de tres días, ni realizar ningún trabajo escolar.

Los jesuitas aprovecharon primero la benevolencia del gobernador para dar algunas misiones; luego, poco a poco, fueron entrando en su colegio. Gracias al apoyo del Parlamento, al afecto y valor del arzobispo François d'Escoubleau de Sourdis y a pesar de las intrigas de sus adversarios, pudieron, si no reabrir su colegio, al menos hacerse oír en las cátedras y prestar ayuda al clero parroquial. En 1600 su situación era ya bastante estable para poder pensar en retomar la dirección de su antigua congregación mariana. Los franciscanos se prestaron amablemente a la operación y los congregantes volvieron al colegio de la Magdalena.

Quisieron incluso tener su *Manual* como muchas otras congregaciones y sacaron un opúsculo en 1601, con las *Reglas de la Congregación de la Santísima Virgen establecida en Roma, con diversas prácticas de devoción tomadas de diferentes obras de piedad*. Fue una gran imprudencia:

Se trataba –decían– de una afiliación peligrosa y el opúsculo contenía máximas contrarias a las normas del reino.

El mariscal d'Ornano se lo comunicó al rey. Por suerte el P. Maggio, visitador de Francia, pasó por allí cuando se habían iniciado negociaciones para el restablecimiento oficial de la Compañía, así que no era el momento de indisponerse con ninguna autoridad. Así que se suprimió el *Manual*, sin que el asunto tuviera otra consecuencia. El 1 de septiembre de 1603 Enrique IV publicaba el edicto esperado y al período de lucha sucedería otro de progreso.

En ningún sitio se acogió el *Acta* de Rouen con mayor prontitud que en Burdeos. Se dieron prisa en cumplir todas las exigencias reales y, a principios de noviembre,

ante el Gobernador, el primer Presidente, los jurados y los miembros más distinguidos del clero, del Parlamento, de la Universidad, el profesor de Retórica pronunció en el Colegio un solemne discurso de apertura.

Había inscritos más de mil alumnos.

La congregación mariana tenía que participar en la renovación. Bajo el impulso de directores como François de Marguestaud, Pierre Biard, Martin Rouelle, Jacques de Moussy y, sobre todo, Charles Cluseau, adquirió una vitalidad de la que algunas manifestaciones significativas han dejado rastro en los documentos que nos han llegado.

Tiene su capilla, embellecida y enriquecida gracias a la generosidad de sus miembros, en las dependencias del colegio. Allí van los congregantes a rezar y edificarse, en días fijos, probablemente todos los domingos por la mañana.

Son numerosos. Solo el año 1604 hay más de 80 admisiones. Hay alumnos de filosofía y de teología, pero sobre todo hombres de edad madura. Los miembros del Parlamento, los profesores de la Universidad, se distinguen por su diligencia. A veces incluso el ejemplo viene de más arriba: el rector de la Universidad y un obispo tienen el honor de consagrarse solemnemente a Nuestra Señora. Una santa emulación impulsa bajo los estandartes de María a los mismos que habían llevado la lucha contra los jesuitas y en 1615, cuando Luis XIII, su

hermana, la Reina madre y la corte hagan parada en Burdeos, cuando el tema de las bodas españolas, es en la capilla de la congregación donde María de Médicis tendrá sus devociones.



¿Qué buscan los cristianos en sus asociaciones? Un poco lo que los religiosos piden a la vida común y en sus reglas: un estímulo, un apoyo en la práctica de la vida cristiana. Rezan mucho en común y en particular: la oración es el primer deber del bautizado, la fuente de su fuerza; se mortifican con una rara generosidad: unos llevan cilicio, otros se acuestan en el suelo, todos ayunan con frecuencia. Muy pronto piden a su director y obtienen de él el permiso para reunirse todos los sábados de cuaresma y disciplinarse. Su piedad no es egoísta; piensan en la reparación y en la edificación, y de ahí viene la devoción de las «Cuarenta horas», que practican en su capilla, mientras fuera las diversiones de carnaval dan ocasión a los licenciosos.

En ocasiones se reúnen en grupos para visitar hospitales o prisiones. Las *Cartas anuales* de 1612 nos permiten captar en vivo el funcionamiento de estas obras de asistencia:

Hasta aquí –escribe en latín el analista– los congregantes visitaban los hospitales y la cárcel en días fijados por la costumbre. Se han organizado para que en adelante a cada uno le toque solo una vez al año. Siempre hay un miembro del Parlamento a la cabeza del grupo y es en su casa donde se reúnen los congregantes: hay abogados, hombres de negocios, estudiantes. Se hace una colecta de lo que cada uno ha decidido dar como limosna: se juntan así a menudo 50 escudos, o al menos 40; recientemente hubo una ofrenda de 50 libras. Van a la cárcel. Un congregante, casi siempre un sacerdote, dirige a los presos una exhortación apropiada, tras la cual se distribuye a cada uno una ayuda. Si se puede procurar algún consuelo a estos desgraciados, se esfuerzan en hacerlo. Si alguno puede ser liberado con poco dinero, se asegura cuanto antes su liberación, como se hizo últimamente con uno de ellos pagando diez escudos. En la visita a los enfermos se sigue la misma norma. Llegados al hospital, los congregantes reúnen a los pobres y les preguntan si tienen necesidad de algo, en especial para resguardarse del frío. Se toma nota en un cuaderno y se pide a los artesanos sombreros, medias, calzado, según el número y la necesidad de las personas.

Lo que más faltaba en la prisión eran los oficios religiosos. La congregación se mostró conmovida por la situación. En 1610 pidió al cardenal de Sourdis que permitiera la celebración de la misa dentro de los edificios penitenciarios. Habiendo sido escuchada, compró con su dinero el lugar conveniente para una capilla e hizo construir a su costa un edificio, que se acabó y entregó al culto en 1612. Aseguró además la regularidad del servicio religioso concediendo a la capilla una renta anual fija.

El encarcelamiento por deudas era entonces frecuente. La hemos visto pagar una suma debida por un deudor insolvente; con mayor frecuencia ponía a disposición de los acusados o detenidos los oficios de abogados que había en su seno. Solo en el año 1612, setenta y cuatro prisioneros le debieron su puesta en libertad.

Ninguna forma de caridad es extraña a los congregantes y el reinado de Luis XIII, con sus disturbios y miserias, ofrece múltiples ocasiones a su generosidad. Unas veces se interesan por una familia a la que la pobreza obliga a vivir bajo un techo inestable. Otras, es un sacerdote, expulsado de Agen por los herejes, al que procuran ropa. Siempre, su liberalidad es tal que, lejos de ser estimulada, debe ser moderada por el director.

Ocupándose de los cuerpos, piensan en las almas. Si se disciplinan, no es siempre por pura mortificación, sino, a menudo, para expiar las faltas de los pecadores. Si a veces lo hacen en público, no es de ninguna manera por ostentación sino por celo: su ejemplo predica la penitencia. Cuando van a la cárcel o a los hospitales, llevan, con la limosna material, la palabra

que, según los casos, instruye, consuela, despierta el remordimiento o fortalece. Su conducta sola es ya una predicación y, con frecuencia, tienen la alegría de contribuir a arrepentimientos edificantes.

Quisiéramos poder seguir a la congregación a través de los siglos XVII y XVIII, pero los documentos son muy raros. Las *Cartas anuales*, que nos informan sobre el inicio, no van más allá de 1614. Por aquí o por allá, solo algunos detalles se muestran a la historia. En 1624 vemos que la «Congregación de Señores» deja el colegio, para establecerse en la Casa profesa, recientemente erigida. Tras la construcción de la actual iglesia de san Pablo, se construirán una capilla –hoy destruida– adosada al flanco este del edificio. En 1727 su vitalidad es atestiguada por la publicación de un *Manual con las instrucciones y prácticas de los ejercicios espirituales mencionadas en las Reglas de las Congregaciones erigidas en las Casas profesas de la Compañía de Jesús*. Por desgracia, hemos buscado en vano ese libro, que quizá nos hubiera proporcionado algunas nuevas indicaciones sobre las costumbres de la congregación. La lista de los directores nos permite al menos afirmar que subsistió hasta la supresión de la Orden. Bajo la dirección de un Malescot, de un Verthamon, de un Meslereau y de otros religiosos tan eminentes, no podía sino realizar las esperanzas que hacían prever los primeros años.

De hecho a partir de 1687 los documentos ya no la designan más que con el nombre de *Sodalitium primariorum* y *Sodalitium nobilium*. Tras su primer centenario y siguiendo su caminar edificante, era tan numerosa como para dejar que parte de sus miembros regresaran al colegio y formasen allí una nueva congregación autónoma, la de los artesanos.



Esta se puso bajo el patronazgo de la Asunción. Afiliada a la *Prima primaria* el 30 de agosto de 1687, creció tan rápidamente que desde 1690 se dividió en dos. En efecto, el 29 de noviembre la *Prima primaria* respondía favorablemente a la petición de afiliación llegada de Burdeos, procedente de una *Sodalitas Artificum minorum*. La nueva asociación, puesta bajo la advocación de la Inmaculada Concepción y reservada a los jóvenes, iba a tener un buen porvenir: como veremos, por ella se perpetuaron hasta nuestros días, sin notables interrupciones, las congregaciones marianas de Burdeos.

Pero, excepto su inscripción en los registros de la *Prima primaria*, estas congregaciones no han dejado de su existencia anterior a 1762 más que la lista de sus directores y algunas alusiones escritas en un cuaderno que perteneció a la congregación de estudiantes.

François Lemaye, Léonard Faugeras, Jacques Bernard, René de Laville y Mathieu Poirié fueron los padres que ejercieron más tiempo su ministerio con los congregantes. Antoine Besse y Pierre Dupin serán los últimos pertenecientes a la Compañía. En una nota redactada en 1762 por el rector del colegio de la Magdalena, el nombre de A. Besse va seguido de la mención «director de la congregación de los residentes». Estas notas nos informan sobre el reclutamiento de la *Sodalitas Artificum majorum*. Los artesanos que la componían, gozaban de cierta consideración; como residentes, eran auténticos bordeleses y pertenecían tanto a la pequeña burguesía como al mundo del trabajo. Hay que decir lo mismo de la *Sodalitas Artificum minorum* o *juniorum*: la edad era la única diferencia.

Los documentos conocidos no nos permiten localizar la habitación del colegio donde se reunían los jóvenes artesanos. Quizá se limitaron a acordar con los mayores alternarse con ellos en el mismo lugar.

A estos, los «Señores», se les dejó primero la capilla de los jóvenes colegiales, que se vieron obligados a fusionarse con los mayores. Pero en 1709 la dirección del colegio separó para ellos una sala «encima de las clases de lógica y de retórica». Ignace Boudin, vicario general de Mons. Ferdinand Mériadec, la visitará en 1773, con el propósito de una desafectación, cuando las cartas patentes del rey destinaron el antiguo colegio de la Magdalena a la «reunión de las Cortes establecidas en Burdeos»; allí se encontrará, colocado sobre «una tarima de dos escalones en madera de pino», un altar con su ara consagrada y con

un retablo encima dividido en tres partes por dos columnas y dos estatuas, una de la Virgen María, y la otra de san Gabriel, en madera pintada y dorada. En medio –dice el informe– el retablo está provisto de un cuadro que representa la Asunción de María, mientras otros dos pequeños cuadros muestran a san Ignacio del lado del evangelio y a san Francisco Javier del de la epístola. Estos venerables recuerdos de un tiempo de paz serán, al comienzo de 1774, transportados a una capilla del seminario de San Rafael, donde serán pasto de la revolución.



Otros artesanos, quizá más humildes, tenían su congregación, desde 1690, en la casa del noviciado, no lejos de la iglesia de Santa Cruz, que subsiste en parte aún hoy. Honraba especialmente el misterio de la Inmaculada Concepción y, bajo este título, obtuvo su afiliación a Roma el 22 de febrero de 1691. El primer director conocido fue Léonard Faugeras. El último, Léon Bélézi, acababa de asumir el cargo cuando el decreto real suprimió la Compañía y sus obras.

2. Las congregaciones de estudiantes

Cuando el colegio de la Magdalena reabrió sus puertas en 1603, el principio de las congregaciones especializadas según las categorías de personas se aplicaba en todas partes. Pronto se organizó una congregación mariana exclusivamente de estudiantes, bajo el título de la Purificación de María. El 10 de diciembre de 1604 obtuvo de Roma la carta de afiliación.

Veinte años más tarde tenía una hermana menor, cuyo nacimiento nos cuenta Sacchini.

Cuando se abrió la casa profesa –dice– y se trasladaron allí varios padres, en el colegio quedaron locales disponibles. El Provincial, P. Cotton, se encontraba precisamente allí. Reservó una sala y estableció en ella una congregación para los colegiales jóvenes, bajo el patronazgo de la Reina de los Ángeles. Más aún, a pesar de las preocupaciones de su administración provincial, este anciano, cuya vida estaba ya tan llena, compuso él mismo los estatutos de la nueva congregación y recogió personalmente los nombres de los candidatos, juzgando digno de él y digno de su cargo velar por estos detalles que, aunque parecieran fútiles, no dejan de contribuir al buen funcionamiento de lo que pudiera llamarse «una escuela de piedad».

Los jóvenes congregantes dieron inmediatamente hermosos ejemplos de vida cristiana. Sacchini cita el siguiente: uno de estos recién consagrados a María se encontró un día con un hombre cuya conducta escandalosa era conocida en toda la ciudad. Se acerca a él y trata con dulzura de llevarlo a lamentar sus faltas; pero en vano multiplica los razonamientos conducentes a vencer la dureza de un pecador: no consigue nada. Entonces, al ver esta resistencia y la inutilidad de sus palabras, sin dejar entrever nada de sus designios, lleva al hombre a la sacristía de la primera iglesia que encuentra, se desnuda la espalda, saca una disciplina y, poniéndose de rodillas ante el culpable, comienza a golpearse sin piedad. Mientras se golpeaba así, no cesaba de suplicar al otro que reflexionara y rompiera con el mal. Avergonzado, el hombre se rinde a los ruegos del joven y declara que está a su disposición. Entonces, alegre de su victoria, el congregante lo lleva al colegio y lo deja en manos de un padre para que se confiese.



Consagrada al misterio de la Asunción, la nueva congregación se afilió a la *Prima primaria* el 15 de marzo de 1625.

Un modesto cuaderno conservado en los Archivos del Garona refleja algunos aspectos de su existencia.

Comienza atrayendo a ella a seis alumnos, que ya habían sido admitidos en la congregación de la Purificación, y recibiendo a seis retóricos y tres humanistas. El 2 de febrero de 1625 había crecido hasta unos treinta miembros. Desde entonces se recluta en todas las clases, de retórica hasta quinto, e incluso a veces de sexto. Los mejores nombres de Burdeos aparecen en su "catálogo"; incluso hay un príncipe: Enrique Luis de Borbón.

El consejo, que se renovaba en general tres veces al año, es numeroso: un prefecto, dos asistentes, un secretario y un tesorero, ambos duplicados por un reemplazante, una decena de consejeros, casi otros tantos porteros y lectores, a los que hay que añadir un *magister capellae*, también llamado *praefectus modestiae*, encargado de asegurar el orden, enfermeros nombrados para visitar a los enfermos, cuestores, introductores de probandos, para utilizar así todos los talentos, cultivar todas las vocaciones y satisfacer todas las pequeñas ambiciones.

Los congregantes, al ser recibidos, ofrecen velas, pero sobre todo dinero, y como los miembros son generosos, la congregación puede satisfacer sus gastos y enriquecer su capilla o sus armarios. En 1641 compra un cáliz y una «bandeja de plata», cada uno de los cuales le cuesta noventa y cinco libras. En 1656 se procura dos candeleros, en cuyo pie hacen grabar: *Min. Sodal. Burdig. B. Virg. Assumptae, 1656*. Tiene sus lienzos sagrados, albas, ornamentos litúrgicos, sus frontales, floreros de todo tamaño, flores artificiales, colgaduras, tapices, cortinas, bustos, estatuas, cuadros, grandes muebles, entre ellos una mesa para el prefecto, un sillón, cinco sillas con brazos, un pupitre para los lectores y veinte bancos, muebles pequeños, como una caja para las hostias y un cofrecillo de paja. Tiene también un acetre y un hisopo, incluso un martillo, y uno de sus armarios contiene, además de dos misales, varios libros de lectura espiritual.

Todos estos objetos y muchos otros son regularmente inventariados. Pero vienen de fuera a pedir cosas prestadas y sucede que no se preocupan luego de devolverlas o traerlas. En febrero de 1657 «el prefecto y los principales oficiales de la congregación, reunidos para evitar las molestias resultantes de prestar ornamentos a los de fuera», deciden no volver a prestar nada a nadie. Solo podrá hacerlo el P. Director. Tampoco se descuidan las diversiones, ni las sesiones literarias.

En 1648, el jueves de la octava del *Corpus*, las hubo de latín, griego y francés. Los de la tercera representaron en honor de la Virgen una tragicomedia y cinco pequeños actos que narraban la historia de Nuestra Señora de la Alegría en Picardía.

La caridad, la preocupación por los desgraciados, está en primera línea de las preocupaciones de los congregantes:

El año 1683, los congregantes fueron, el miércoles santo, al hospital de la Manufactura y allí trataron a 13 pobres y les lavaron los pies antes de darles la comida.

La juventud es siempre generosa.



Florecente a pesar de las periódicas salidas, motivadas y justificadas por la falta de asiduidad a las reuniones, también a causa de numerosas entradas en religión, que le privan de los miembros más fervorosos y dinámicos, la congregación iba a conocer las alegrías de la paz. Por desgracia, le vienen dificultades de su hermana mayor, que piensa tener interés en absorberla.

Aprovechando una epidemia que redujo los miembros a unos cuarenta, la hermana mayor consiguió por primera vez sus fines en julio de 1629. Diecisiete meses más tarde pretende aún un ensayo de reconstitución en el momento en que acababa de ser elegido un nuevo consejo y admitidos veintiocho postulantes a la probación. Solo en 1637 puede retomar su vida el *Sodalitium minus*. Estuvo tan constreñido durante seis años que, tras elegir a

Philippe de Gougues como prefecto el 16 de febrero, se abre en seguida de golpe a cerca de doscientos miembros.

Durante veinte años está tranquila. Pero en 1656 el *Sodalitium majus* se esfuerza con un nuevo intento. Tiene pocos miembros y es pobre: la fusión le procurará recursos y nuevos miembros. La congregación amenazada se mantiene firme y cierra filas tras sus dignatarios Michel Duhamel, Raphaël de Génissac, Ignace Boudin y Denis de Pontac. Invoca el derecho y la experiencia. Refuta los argumentos que le ponen delante. Debe su existencia al General de la Compañía y solo él tiene autoridad para disolverla. La fusión ya fue ensayada dos veces, pero no ha durado. La piden sobre todo los congregantes que vienen de provincias; los bordeleses la rechazan. Los congregantes de las clases altas declararon que se retirarían si se les unían los congregantes de las clases inferiores. Se advirtió al P. Provincial. Además, ¿qué bien se desea obtener? El *Minus sodalium* va muy bien; si se fusionan, las actitudes y los aires que se pueden permitir los filósofos escandalizarán a los más jóvenes, mientras que la ligereza de los pequeños dañará la seriedad de los mayores. Y además, ¿qué será de la reputación de la congregación con tanto cambio? En otras partes –dicen– los pequeños están unidos a los mayores; pero ¿qué prueba esto? En otros lugares también –por ejemplo en Limoges– hay una congregación para cada edad. ¿Que el *Sodalitium majus* es pobre?:

Puesto que las congregaciones se han creado para producir la santidad, los congregantes son siempre lo bastante ricos, si son santos. *Non expedit iterum uniri.*

Aun defendiéndose en la misma ciudad y con sus propios medios, la pequeña guarnición asediada no dejaba de llamar a poderosos refuerzos. La víspera de los *idus* de febrero expuso su situación a la *Prima primaria* y pidió su apoyo ante el General, al que informó.

Tanto valor tuvo su recompensa. Aunque el recurso a Roma no llegó en mayo más que a una prudente promesa de intervención para obtener la decisión más conforme a la gloria de la Virgen y a los intereses de la congregación, el pequeño cuaderno da fe de que, por el momento, el *Sodalitium minus* conservó su autonomía.

Sucumbió treinta años más tarde, pero noblemente.

El día dieciocho de diciembre de 1687 –dice otro cuaderno perdido en la serie C de los Archivos del Garona– los Señores Oficiales y Consultores de la Congregación fueron reunidos para que se les notificara la resolución que se había tomado de unir las dos congregaciones de estudiantes para facilitar el establecimiento de una nueva congregación de residentes a los que dejarían el lugar donde se reunía antes la pequeña congregación de estudiantes, hasta que encontraran un lugar más adecuado.

Motivo tan loable era lo justo para desanimar toda veleidad de resistencia: la congregación sacrificada a intereses superiores, dejó hacer esta vez. De inmediato, se organizó la coexistencia. Era la asimilación o, mejor, una tutela cuyas condiciones llenan una página entera del registro de la consulta:

1º En adelante no se recibiría en la congregación a ningún niño que no estuviera en edad de comulgar.

2º No se recibirían tampoco de 6ª clase.

3º Para evitar confusiones se dispondría a los de cada clase de forma que los de 5º y los de 4º estuvieran en los primeros bancos del lado de la Epístola, y luego los de 2º, después los lógicos y, finalmente, los teólogos.

4º Se establecerían prefectos de modestia, que serían de teología o de filosofía, para vigilar la conducta sobre todo de los más pequeños, y como estos prefectos no podrían conocer lo bastante a quienes faltaran a la modestia, para avisar al Padre, se

nombrarían subprefectos tomados del grupo de la congregación de los pequeños, o de aquellas clases que la componían antes.

5º Para consolar, en cierto modo, a los que estaban en los primeros cargos de la congregación de los pequeños, se aumentaría el número de sacristanes, lectores y visitadores de enfermos, para darles cabida, y luego se pondrían de estas mismas clases, para que este pequeño honor y esta distinción sirvieran para animarlos a cumplir su deber.

6º Los congregantes de las clases que componían antes la congregación de los pequeños no pagarían más que 20 soles, en lugar de 30, para la candela de la Purificación.

Las cláusulas del tratado –una imposición– eran duras. Pronto se completaron con arreglos financieros que la congregación de obreros y la de estudiantes concluyeron entre ellas. En 1690, por la suma de 550 libras, de las que 300 en especie y el resto en renta constituida, los estudiantes cedieron a los residentes todo el mobiliario: altar, retablo, balaustrada, bancos, armarios, etc., que la pequeña congregación había dejado en su antiguo local. Un último acuerdo, de 19 de julio de 1698, liquidó la situación: habiendo pagado 120 libras de atrasos por ocho años de alquiler, los «Señores» se liberaron de toda renta para el futuro, entregando una nueva suma de 90 libras y comprometiéndose a dejar anualmente el uso de la capilla a los estudiantes congregantes para un retiro de ocho días.

¿Qué sucedió después? En 1709, cuando los «Señores» se hubieron instalado encima de las aulas de lógica y de retórica, la congregación de jóvenes estudiantes se reconstituyó en una antigua capilla. Pero esta vez el mobiliario había sido trasladado por el propietario. Entonces, acordándose de que ella había recibido el precio de la venta, la congregación de la Purificación no quiso dejar a su hermana pequeña en total abandono y, por el derecho de utilizar también esta capilla para un retiro anual de ocho días, cedió sus manteles de altar y los muebles más indispensables.



El cuaderno de consultas termina en 1728. Aparte de tres menciones dudosas, el cuadro del personal de la Compañía de Jesús no indica ningún director para la congregación de jóvenes estudiantes en el siglo XVIII. En 1773 Ignace Boudin no hace ninguna alusión a su oratorio, al hacer el inventario. ¿Habría que concluir que la reconstitución de 1709 fue solo efímera? La documentación que poseemos es demasiado pobre para aventurar una respuesta.

Sea lo que fuere, nadie podrá quitar a esta pequeña la gloria de haber sido fundada por un jesuita ilustre, de haber hecho el bien, de haber contado entre sus miembros a estudiantes que dejarían un nombre, y de haber sido dirigida por hombres como Brézets y Lejay.

También la mayor conoció días memorables; también ella realizó una buena labor.

Desde 1607 había dado diez vocaciones religiosas, siete de ellas a la Compañía. A juzgar por las listas de congregantes que nos han llegado y que nos informan exactamente para los años comprendidos entre 1669 y 1728, fue, a lo largo de toda su existencia, un rico vivero de vocaciones sacerdotales y religiosas.

El fervor y sobre todo la confianza en Nuestra Señora caracterizaron los primeros años. Un día –nos cuentan– un congregante cayó enfermo y se vio pronto abandonado por los especialistas. Entonces se dirige a la Virgen y le promete que, si se cura, desempeñará celosamente, durante un año, las funciones de portero en la congregación. Poco después recobra la salud ante una imagen de la Madre de Dios.

Para recoger tales rasgos y mantener el entusiasmo juvenil, y por consejo del P. Cotton, uno de los directores comenzó a reunir todas las narraciones edificantes que la historia de las congregaciones marianas podía ofrecer desde esa época. En 1624, Jean-Jérôme Bajola editaba los primeros anales de las congregaciones en la editorial Pierre de Lacourt, en Burdeos.

El cuadernito de consultas nos presenta en 1669 una congregación compuesta por 52 teólogos, 71 filósofos y 50 retóricos. Tras la unión de las dos congregaciones de estudiantes, los efectivos subirán de forma considerable: en 1693 alcanzan la cifra de 374. En 1727, último año del que poseemos una lista completa, se cuentan 52 teólogos, 17 filósofos, 29 lógicos, 18 retóricos, 19 humanistas, 40 de tercero, 47 de cuarto, 35 de quinto y 14 de sexto, es decir, 271 consagrados a Nuestra Señora.

Se continúan y se recuerdan cada año las *Reglas* comunes de las congregaciones colegiales. Es una norma a la que se alude cada vez que hay que frenar un abuso o recordar sus deberes a un negligente.

Los domingos, las fiestas de la Virgen y algunos otros días se subrayan con una reunión, en la que se recita el Oficio de Nuestra Señora y el director da una charla. El tercer domingo de cada mes es día de comunión general: se anuncia el domingo anterior y durante todo el día permanece expuesto el cartel de las indulgencias concedidas a los congregantes. Cada año, un retiro de ocho días favorece el recogimiento, la reflexión y las orientaciones generosas.

Los teólogos y los filósofos visitan a los enfermos en los hospitales, llevando con ellos a estudiantes más jóvenes para iniciarlos. Durante la Semana santa van al hospital de la Manufactura, donde sirven una comida a los pobres, después de cumplir el rito del lavatorio de los pies, o bien llevan a trece pobres de la ciudad, que oyen misa y a los que se da una limosna tras haberles lavado los pies.

A partir de 1687, todos los congregantes, el lunes de carnaval, van procesionalmente con velas en las manos a la iglesia de la casa profesa, con ocasión de las Cuarenta horas. Nos dicen que esta loable costumbre contribuyó mucho a la edificación de la ciudad.

La recepción de nuevos miembros se realiza en las fiestas de la Virgen, en la de san José y el domingo del retiro anual. Para consagrarse a Nuestra Señora, los que van a ser admitidos se sirven de la fórmula tradicional, conocida como de san Juan Berchmans, que recitan en latín y que han completado desde 1681, añadiéndole una profesión de fe explícita en el misterio de la Inmaculada Concepción.

El día más solemne sigue siendo el de la fiesta patronal, el 2 de febrero. No se omite nada de lo que pueda contribuir al desarrollo de los congregantes y a dejarles un recuerdo duradero. Se sacan las alfombras, se alquilan sillas. Ceremonias, alocuciones, recepciones, discursos y diversiones, se suceden a porfía. Pero ¡cuidado con los aturdidos que han olvidado pagar su vela! Les espera la cancelación. Durante mucho tiempo se ofreció incluso una colación a todos los miembros, pero «razones muy importantes», que no se nos desvelan, llevaron a los «Señores Oficiales» a suprimir esta costumbre el 28 de enero de 1680.

Los dignatarios y oficiales son numerosos: setenta y nueve en 1728. Los puestos son secretamente deseados y a veces buscados de forma indiscreta. Por mucho que en la consulta se ponga en guardia a los congregantes contra los daños de la ambición en quienes están «al servicio de la Santísima Virgen, su madre común», se encuentran antiguos oficiales que se quejan de no haber sido llamados a consulta cuando se trata de constituir la nueva mesa. Más aún, el complot *–horribile dictu–* la intriga pálida y macilenta, de dientes largos, no siempre es una extraña para estos ardientes jóvenes. Si abrimos el libro de consultas el 19 de julio de 1698, leemos:

Habiendo propuesto el Padre director la elección de los oficiales, es decir, del prefecto y los asistentes, y habiendo sido elegidos tres, según lo prescriben las reglas, cuando el Padre estaba a punto de abrir el escrutinio y de proponerlo la mañana siguiente en el pleno de la congregación, el Sr. prefecto se levantó y rogó al Padre que parara la elección, pues tras la consulta que se había tenido el día anterior, había descubierto razones de nulidad por las intrigas que uno de los consultores había realizado para proponer a uno de los tres que habían sido elegidos. Ante esto, el Padre llamó a todos los consultores al pie del altar y, habiéndose probado el manejo, declaró nula la

elección realizada, cerró el escrutinio y ordenó que se procediera el sábado siguiente a una nueva elección, en una consulta que señaló para ese día.

El día 26, cada uno de los consultores escribió en un boleto los tres nombres que creía más dignos. El Padre envolvió los boletos en una hoja y la selló. Al día siguiente la abrió ante toda la congregación. Así es como Jean Andraud fue elegido prefecto.

Los bordeleses fueron siempre amantes del teatro: aunque faltasen todos los demás testimonios, bastarían para informarnos de ello los que nos proporciona la pequeña historia de la congregación de estudiantes. Para satisfacer este gusto sin traspasar los límites, la congregación se prestó por mucho tiempo a utilizar su local para representaciones dramáticas. Pero por mucha discreción que pusiera en ello, por mucho control que se ejerciera sobre los actores y los programas, no pudo evitar algún escándalo. Por lo demás, tampoco se contentaban los mismos congregantes con el teatro escolar que se ponía a su alcance. Sus reglas les prohibían ir a la Comedia, y si se les recuerda a menudo esta prohibición es, sin duda, porque no faltan las infracciones. Incluso se ven obligados a prohibirles expresamente contribuir al éxito de los espectáculos, trabajar en la distribución de entradas, aceptar «el oficio de prior de la Comedia». La debilidad humana afronta todos los rayos, por lo que hubo que llegar a medidas enérgicas: el 7 de julio de 1700, fue la exclusión de un prior de la Comedia; el 22 de enero siguiente, una consulta declaró que en adelante los congregantes no volverían a prestar sus salas para usos dramáticos.

Entonces el local tomó definitivamente el aspecto de capilla. Situado en la planta baja, orientado al sur, abierto a un gran patio interior del colegio, era un amplio cuadrilátero de dieciocho metros de largo por siete de ancho. Una tribuna, quizá dos, reservada a los probandos y a los extraños, aumentaba aún su capacidad. Banquetas con respaldo se extendían a lo largo de los dos muros laterales y tres confesonarios bajo la tribuna, probablemente invitaban y esperaban a los penitentes. Al sur, separado de la asistencia por una mesa de comunión «de madera de nogal con algunas esculturas», una gran escalera llevaba, a dos escalones del suelo, a un altar sobre el que había un gran sagrario dorado y un retablo monumental. Este, obra del escultor Gautier, lo habían pagado en 1690 con el dinero recibido al vender a los artesanos los muebles de la pequeña congregación. Se elevaba hasta el artesonado, con órdenes y adornos de arquitectura. Seis columnas salomónicas de nogal, encuadraban a los lados las estatuas de san José, san Juan Bautista, la Virgen, san Gabriel; y en medio, bajo un relieve donde estaban grabadas las letras M.A., un gran cuadro representaba la presentación de Jesús en el templo. Se reconoce aquí el misterio de la Purificación, al que la congregación estaba dedicada. En el techo, una pintura mostraba la Asunción: ¿sería esto, con la «M.A.» del retablo, una satisfacción dada al *sodalitium minus* tras su incorporación? Poco importa: al conjunto no le faltaba unidad, gusto ni empaque.

Además de un pequeño cuadro que representaba a María con su hijo en brazos, otros cinco decoraban las paredes. El más grande tenía unos diez pies de largo por seis de ancho. Su marco, de nogal dorado en las esquinas, «terminaba arriba en arco carpanel» y rodeaba un lienzo que representaba la Asunción de María. Una Anunciación, una Sagrada Familia, una Magdalena penitente, un san Juan en el desierto, todos también de grandes dimensiones, aparecían en los encuadres de forma octogonal, unos en nogal realzado en oro, otros en vulgar pino ennegrecido. En suma, una mezcla de austeridad y grandeza, de humildad y de triunfo: *Ecce ancilla... Assumpta est Maria... Castigo corpus meum... ne reprobis efficiar*, el resumen del cristianismo.

Por detrás del altar se entra en la sacristía. Un gran guardarropa contiene todos los ornamentos sacerdotales y todos los lienzos sagrados que se usan en las sesiones y ceremonias de la congregación. Encima hay armarios que contienen adornos del altar y vasos litúrgicos. Todo es de plata y lleva, grabado en hueco, el nombre del propietario: *Cong. B.M.V. Purif. Coll. Burd. S.J.*, con la fecha de adquisición. El cáliz fue comprado en 1645, la bandeja y las vinajeras en 1657, el crucifijo de plata de 2 pies de alto y que pesa 7 marcos menos media

onza, en 1662, a la vez que 2 candeleros del mismo estilo; otros dos candeleros fueron donados por Jean Côme en 1682, y en 1688 un copón completó el pequeño tesoro. Charbonnier no es rico, pero es dueño en su casa.

Ignace Boudin no encontrará en 1773 los vasos sagrados, que probablemente los congregantes habrían llevado a otro lugar; pero el altar, el retablo, las estatuas, los cuadros, la balaustrada-mesa de comunión, la banqueta y los confesonarios figuran en su inventario y, como lo demás de la congregación de artesanos, irá a esperar la revolución en la capilla del seminario de San Rafael, *Barbarus has segetes...!*

3. La Aa

Se conocería mal la congregación de la Purificación si no se tuviera en cuenta la Aa unida a ella.

Ningún texto nos da el significado de la palabra «Aa» y a veces se han propuesto interpretaciones extravagantes; pero una serie de documentos revelan que habría que traducirla por la expresión *Asamblea de amigos*.

El primer manual de las *Aas*, las cartas publicadas por P. Cavallera en 1933 y 1934 y algunas monografías recientes procuran toda la información deseable sobre el origen y naturaleza de esta discreta institución.

«El año 1632» seis congregantes en el colegio jesuita de la Flèche buscaban por qué medios «podrían practicar mejor las reglas de la congregación, evitar las ocasiones de mal y de perversión», mantener su asociación en la pureza de sus orígenes, cuando su director, el famoso Padre Bagot, «hizo a propósito, aun sin conocer sus designios, una exhortación sobre la utilidad de una santa amistad» y sobre «el bien que un grupo de personas bien unidas entre sí es capaz de producir, cuando su unión tiene la finalidad de animarse los unos a los otros en la práctica de la virtud. Viéndose confirmados en sus designios por este discurso, propusieron ir juntos al encuentro del Padre, para comunicarle su decisión y consultar con él los medios que emplearían».

Al Padre le agradó mucho su reflexión y los comprometió a poner su proyecto por escrito, independientemente unos de los otros. «Y habiéndolo hecho cuidadosamente, sucedió» que se encontraron todos de acuerdo en los puntos principales.

Al leer las reglas de la congregación habían

reconocido que no había medio más eficaz que el de las conversaciones espirituales que alimentan e inflaman la caridad, madre de los grandes designios. [Decidieron] reunirse primero todas las semanas, para animarse mutuamente a la práctica de la virtud y tratar de los medios apropiados para extender la gloria de su Dueña y Señora.

[La Aa] no tiene, pues, otro designio que la práctica de las reglas de la congregación con una pureza tal que si, aparte los medios que en ella se proponen para avanzar en el servicio de Dios, se hallara alguno que estuviera fuera del alcance de estas reglas, sería suficiente para rechazarlo como una novedad completamente insoportable y contraria a la integridad de la congregación y a la pureza de su espíritu.

Se entiende la idea: se trata, utilizando todos los recursos de una amistad santa, de constituir y mantener un grupo selecto dentro de la congregación.

De ahí las obligaciones particulares de los *Amigos*:

En primer lugar, ... perseverar hasta la muerte en la congregación; hacer profesión clara y pública de ella; no omitir nunca ninguno de los deberes y ejercicios [compatibles con su género de vida]; llevar esta devoción a todos los que juzguen apropiados y querer con amor fraterno a todos los que se les unan; actuar de tal

manera que todos aquellos sobre los que tengan alguna influencia (como los amigos, parientes, súbditos) tengan una devoción singular a la Santísima Virgen y que la honren y sirvan con una veneración extraordinaria, sabiendo que es ciertamente honrar a su querida Señora el hecho de procurarle y atraer a su servicio muchos servidores. En segundo lugar, [imitar todas las virtudes de Nuestra Señora y aferrarse] con un estudio particular a tres que son las más necesarias para combatir los vicios que más reinan y llevar una vida perfecta en todos los deberes del cristiano: la primera es la piedad para con Dios; la segunda, la modestia y la castidad en su modo de vida; la tercera, la caridad para con el prójimo.

En consecuencia,

todos los asociados, desde que contraen esta santa y preciosa alianza, deben considerarse como hermanos. Efectivamente lo son, ya que tienen el honor de tener a la Santísima Virgen como su Madre común... De esta alianza y unión tan santa debe seguirse una comunicación de buenas obras, méritos y oraciones, tan activa y perfecta que no tengan nada de lo que no participen recíprocamente en todo lo que pueden comunicarse, sean méritos, sufragios, oraciones y buenas obras.

En segundo lugar, tratan de verse y tratarse a menudo, todos juntos o bien por separado, unos u otros, de actuar juntos a corazón abierto con gran sinceridad y plena franqueza, sea para ayudarse mutuamente, consolarse, visitar lugares de devoción, hospitales, a los pobres, enfermos y a personas afligidas por cualquier gran desgracia.

Cuando la Iglesia realiza alguna devoción pública, como en las grandes fiestas, la semana santa, el Adviento o incluso... los tiempos de jubileos y de indulgencias, tratan de cumplirlas con un especial cuidado y tratan juntos de lo que pueden hacer en estas santas ocasiones, de común acuerdo y con un mismo espíritu. Por fin, se guardan muy bien de un cierto espíritu crítico y severo que es demasiado corriente entre los que practican la devoción.

Sus prácticas derivan de las de la congregación, que naturalmente asumen.

Cada año hacen una confesión general, renuevan solemnemente sus compromisos, celebran piadosamente la fiesta de los Ángeles custodios, de san José y de la Anunciación, y celebran santamente la cuaresma.

Cada mes, recitan personalmente «un nocturno y las Laudes del Oficio de difuntos, por los congregantes fallecidos»; y se reúnen para tratar en común sobre todos los intereses y todas las prácticas de la congregación.

Cada semana comulgan, hacen una meditación de media hora, el viernes por la noche suprimen la tercera o cuarta parte de su cena ordinaria, excepto de Pascua a Pentecostés, y celebran una asamblea para animarse mutuamente en la práctica de la virtud señalada para el mes, recoger las limosnas y determinar cómo repartirlas.

Cada día, hacen examen de conciencia, leen un pasaje «de la sagrada Escritura o de algún otro libro devoto», recitan «las letanías de la Virgen a la intención de quienes las dicen, para obtener la gracia de una buena muerte». Cada día también, rezan el rosario o la *Pequeña Corona* de tres *pater* y doce *ave*, asisten a la misa si pueden y añaden a las oraciones de los congregantes, por la mañana tres *Ave María* y las cuatro oraciones propias de las Aas, y por la tarde solo tres *Ave María*.



La asociación es desconocida por los otros congregantes.

Por muy ventajoso que sea un bien —escribe un miembro de la Aa—, sucede a menudo que manifestarlo es perderlo. Nada más necesario para la virtud que el secreto y el retiro. Como ahí tiene su fuente, también ahí se sostiene, y vemos que lo más sensible

y brillante no siempre es lo más sólido ni duradero. Dios ha revelado en el secreto los mayores misterios, ha dado a luz los más nobles designios, ha formado a sus más dignos servidores. Ahí nos exhorta el Señor a hacer nuestra oración, a meditar sus grandezas y a cumplir los principales deberes de la caridad. También es en el secreto donde quiere perfeccionar a los Señores de la Aa.

El reclutamiento se rodeará, pues, de garantías contra las indiscreciones. No se recibe más que a congregantes

juiciosos, prudentes, muy moderados en todos sus sentimientos y en todas sus formas de actuar, ... entregados a las obras de misericordia, [sociables], sobre todo muy afectuosos y dispuestos a actuar con cordialidad y sencillez,

pero siendo capaces de guardar el secreto.

Para conocer a una persona, la asociación comienza por hacerle un sondeo. Un cohermano «en una conversación» le habla, de forma vaga y general, de la sociedad, diciéndole que «ha oído que se practica en algunas congregaciones, como la de Roma, con mucho provecho». Cualquiera que sea la reacción, es necesaria la unanimidad de la asamblea para continuar la iniciación. En el caso más favorable, el hermano que ha realizado la entrevista es autorizado a comunicar al eventual recluta el texto de las meditaciones propias de la Aa. Si el sujeto manifiesta «mucho interés» por ese escrito,

se deliberará por tercera vez si se le recibe. Pero no se llegará a esa tercera, ni siquiera a la segunda deliberación, sin que algunos, cinco o seis, en proporción al número de asociados, lo hayan visto, hayan hablado con él y hayan reconocido que tiene las cualidades requeridas. [Cuando] alguno es aceptado, se le admite a la asamblea, se le comunica todo el libro y se determina un día para hacerle recitar sus oraciones. Se prepara unos ocho días antes con una seria y madura consideración de todo este proyecto, añadiendo algunas devociones particulares y obras de misericordia, según le convenga.

Comulga ese día o al siguiente. Todos los cohermanos están entonces invitados a la ceremonia.

Tras el *Veni Creator*, el Padre o el encargado dicen unas palabras, muy familiares, sobre esta acción y todos recitan el *Ave Maris Stella*. El nuevo hermano recita entonces las oraciones, con una vela en la mano; todos los demás, junto con el encargado, puestos de rodillas, dicen: *Amen*. Y tras el *Te Deum*, se abrazan todos, como se suele hacer en la recepción de un congregante.

En cuanto pueda, visitará a cada uno de los asociados o, si hay alguna dificultad, por lo menos a los dos dirigentes responsables, el encargado y su sustituto.



Al emprender una iniciativa cuya influencia iba a hacerse sentir durante dos siglos en varias ciudades de Francia, el Padre Bagot, en 1632, no era el primero que ponía en marcha una asociación restringida dentro de la congregación. Cuando dio cuenta a su Superior provincial, el Padre Binet, del proyecto del que le habían informado seis congregantes, este le confió que en Parma se había servido personalmente de este medio para reformar una congregación que tenía a su cargo y cuyo espíritu se había enfriado.

Los grupos fervorosos aparecían, de hecho, por diversos lados, desde los orígenes de las congregaciones marianas. En Alemania los congregantes que «no se contentaban con los ejercicios comunes», formaban una asociación más íntima y se reunían para hablar de temas

piadosos o para honrar especialmente a su patrona. Estas asambleas se llamaban *colloquia*. La más célebre es la del Padre Rem en Ingolstadt. En Italia están los *ristretti* bajo diversas formas. En Nápoles la sección fervorosa está compuesta por sacerdotes que, bajo el nombre de *oblata*, se reúnen en la casa profesa y tienden a la perfección de las virtudes sacerdotales. En Mesina, entre las quince congregaciones que se reparten las diferentes clases de la sociedad, la décima es secreta:

Los treinta y tres miembros que la componen rivalizan en fervor; su patrona es Nuestra Señora de la Piedad.

También en Nápoles, el Padre Caraffa aseguraba cuidados especiales a otra congregación secreta. Esta se reunía todos los viernes al anochecer. Honraban con la oración y la penitencia la Pasión del Salvador. El colegio romano tenía su *Ristretto* o *congregazione segreta dei SS. Apostoli*. En Milán, en el colegio de Brera, algunos miembros de las dos congregaciones se reunían desde 1581 todos los viernes por la tarde y practicaban el capítulo de culpas. Pero de todas las asociaciones de este tipo, la más antigua parece haber sido el *sodalitium sanctorum omnium de Douai*: establecido en 1572, que fue aprobado por una bula de Clemente VII el 1 de diciembre de 1593.



El principio de la Aa se podía aplicar en cualquier congregación. Pero de hecho lo fue sobre todo en las congregaciones de estudiantes superiores, e incluso muy pronto las Aa restringieron su reclutamiento únicamente a los aspirantes eclesiásticos.

La evolución es explicable. En esa época los clérigos seguían los cursos de teología en los colegios donde se daba esta enseñanza, pero se alojaban, como los demás estudiantes, en casas de habitantes de la ciudad. Se encontraban en las congregaciones mezclados con los demás estudiantes de los cursos superiores y, en cuanto se trataba de agrupar a algunos miembros selectos, ¿qué cosa más natural que buscarlos entre los clérigos? La importancia de su formación, los peligros que su perseverancia encontraba entonces, justificaban bien, por otra parte, algunos esfuerzos especiales en su favor; como ya se ha señalado, en los siglos XVII y XVIII las Aa contrarrestaron la falta de seminarios.



Desde La Flèche, la asociación del P. Bagot se implantó en 1643 en el colegio de Clermont, en París. De allí pasó a Toulouse y a Burdeos en 1658.

Uno de los primeros miembros de la Aa de París, Vincent de Meur, había ido en peregrinación a Roma, a la tumba de los santos Apóstoles. A su vuelta pasó por Toulouse «con el propósito de establecer allí la Aa». Habiendo triunfado plenamente con la cooperación del P. Ferrier, fue a Burdeos con la misma intención y también consiguió sus fines. Era junio. El 7 de julio, de camino hacia la Rochela y Poitiers, escribía a la Aa de Toulouse:

Informo al querido Padre (Ferrier) cómo Nuestro Señor nos ha dado la gracia de establecer la *Asamblea* en Burdeos, y os aseguro que tenéis unos valientes y celosos hermanos y que van a empezar, a imitación vuestra, a cortejar en el hospital a los favoritos de Jesucristo, es decir a los pobres que estaban allí en un gran abandono y desconsuelo.

En Toulouse consultó al director de la congregación y, por indicación suya, recibió el compromiso de siete congregantes escogidos «para iniciar esta santa asociación».

El diecinueve de mayo... –dice la relación tolosana– después de haber celebrado la santa misa, les hizo recitar las cuatro oraciones que deben recitarse cuando uno es admitido en esta santa congregación, según se indica en el libro de dicha asociación. Y ya que el Sr. de Meur recibió a estos siete hermanos y les dio poder para recibir a otros en el futuro, según el poder que tenía de los señores que forman esta asociación en París, juzgaron que para unirse perfectamente con ellos, el señor encargado les escribiría una carta en nombre de todos; para agradecerles el bien que nos habían procurado y para pedirles que nos admitieran en su asociación y en la participación en sus buenas obras.

No ha lugar a creer que las cosas sucedieran de otra forma en Burdeos, donde el director de la congregación de los estudiantes mayores era el P. Olivier.

Sin embargo la nueva asociación, tras un buen inicio, no pudo mantenerse. El 30 de enero de 1662 comunica sus dificultades a la Aa de París.

La mayoría de nuestros hermanos –confiesa– se han visto molestos desde hace cinco o seis meses con varios impedimentos y accidentes sucedidos, que han hecho que no hayamos podido reunirnos en el lugar ordinario donde tenemos nuestras reuniones. Incluso el día de nuestra última renovación, que fue en la octava de Reyes, fuimos interrumpidos en medio de nuestra reunión, y por fin obligados a irnos a una iglesia al pie del altar para rezar allí en particular las oraciones indicadas para la circunstancia.

A pesar de todo, los autores de esta carta no desesperaban aún. París había enviado los libros e incluso un hermano pensaba en introducir la asociación en Limoges. Se interesaban mucho en las misiones extranjeras, la gran idea de Vincent de Meur:

Uno de los queridísimos hermanos... se dispone a seguir a (Mons. Pallu y sus compañeros) estos grandes hombres, en el primer viaje que haga, no esperando nada más que la Providencia rompa algunas cadenas que lo tienen atado aquí por orden suya y que le han impedido seguir a estos últimos misioneros a los que su espíritu y su corazón siguen siempre.

Todos los miembros de la asamblea acordaron gustosos dedicar «a perpetuidad ... las oraciones de cada última semana de mes» a favor de los misioneros. Promesa de un moribundo, pues la Aa no sobrevivió mucho tiempo. En 1670, un sacerdote que había pertenecido a ella escribe de Garaison:

Las conferencias de Burdeos no habían durado más de cuatro o cinco años [y] cesaron porque sus miembros nunca fueron más de diez. Y además, todos los jesuitas sabían casi de corrido todo lo que se hacía en estas asambleas... Unos se retiraron al campo; otros son beneficiados, y así terminó todo.

Hacia 1665 no quedaba, pues, más que el recuerdo de la asociación iniciada por Vincent de Meur. Las Aa vecinas estaban desoladas por ello y no esperaban más que una ocasión para retomar el asunto. Cuarenta años después, la de Cahors pudo anunciar un día que ella había triunfado por medio de uno de sus miembros, un sacerdote, el señor Vézinet, a quien los médicos habían prescrito una temporada en la capital de la Guyena.

Llegó, por fin, a finales de septiembre –anota en abril de 1702–. Poco después de su llegada, fue asiduamente a seguir las lecciones de teología al colegio, para hacer la elección que se proponía. Conoció pronto allí a dos jóvenes de muy buen espíritu y de una rara modestia, el primero de los cuales iba a exhortar con celo a los presos, procurándoles los confesores que pedían. Este gozoso comienzo le hizo tomar la resolución de comunicar este asunto al Padre de la congregación. El Padre que, según

todas las apariencias, se informó por el P. de la Ferté de estos ejercicios, informó al señor Vézinet que se sentía muy orientado a este establecimiento.

El P. de la Ferté predicaba justamente un retiro a los alumnos del colegio de Burdeos. El momento parecía favorable. Surgieron obstáculos por parte de los superiores. Había que aplazarlo. Pero el P. de la Ferté

prometió arreglar este tema después de Pascua, a su vuelta de Montauban a Burdeos.

Mientras tanto, el señor Vézinet confió

el secreto de la asamblea a dos jóvenes teólogos muy virtuosos, y pronto les unió un tercero. Juntos daban conferencias y visitaban los hospitales semanalmente.

Pensaban incluso en iniciar reuniones de teología. Desde entonces, la Aa de Cahors consideraba la causa como ganada.

Tenía razón. Un año más tarde los hermanos bordeleses eran diez y esperaban aumentar. Aunque no habían hecho aún la renovación y confesaban no ser del todo fieles a la conferencia de teología y no haber establecido aún el ejercicio del viernes, no faltaban los buenos propósitos y se entregaban generosamente a la salvación de las almas. «¡Cuánto debemos al señor Vézinet...!», escribía entonces la Aa, por la pluma de su encargado Rauconneau y de su sustituto Lasseps.

De hecho, para la *Asamblea* comenzaba un hermoso período. Bajo la dirección de jesuitas ilustrados y prudentes (Dupuy, Forien, Braguier, Marie, Chourio), la pequeña sociedad contó siempre con doce a dieciseis miembros y durante veinte años realizó los fines de su institución.

¡Cuántos actos edificantes en esas *tarjetas de buena acción* que se enviaban a la Aa de Toulouse y que esta nos ha conservado! Hay un hermano que duerme sobre tablas para mortificarse. Otro da su abrigo a un desgraciado. Se practica la comunión frecuente. Se asiste con regularidad a las conferencias de teología. Son fieles a la reunión piadosa semanal. Visitan los *cuerpos incorruptos* en la iglesia de Santa Eulalia. Siguen piadosamente los ejercicios del retiro anual que dirige un Padre elocuente y celoso (Dupuy, Forien, Vignes). Se obligan a lavar los pies a varios pobres el Jueves Santo. Realizan la ceremonia de renovación una o dos veces al año.

A los mayores, a los antiguos, les gusta volver a sumergirse en el fervor en medio de los hermanos más jóvenes, como el señor Des Innocents, prior de Castillon y párroco de Preignac, que asistía a la renovación e incluso la presidía siempre que podía. El señor Vézinet igualmente vuelve a Burdeos cada año o casi. Hace incluso largas estancias allí, –cuatro meses en 1706– y durante ese tiempo es el más regular, el más edificante, el más apostólico de los hermanos. *Cor unum et anima una*: la divisa se vive en plenitud.

Los *amigos* no descuidan nada para formarse en las virtudes sacerdotales y para santificarse, pero también se aplican a las obras de misericordia. En 1703 dicen:

Saben bien que deben trabajar no solo en su propia salvación sino también en la del prójimo.

Por eso se entregan con ardor a ello. En este punto, el señor Vézinet es admirable. Habiendo encontrado no lejos de la ciudad, en el lugar llamado *La Paludate*, un gran número de niños cuya educación religiosa le había parecido nula o rudimentaria, comenzó a instruirlos. El señor Des Innocents obtuvo con facilidad las autorizaciones requeridas del cura de la parroquia de Santa Cruz de la que dependía La Paludate, y los hermanos reunieron con regularidad a los niños.

Todos los domingos vamos tres, leemos en la correspondencia de 1705; al llegar hacemos la oración de la mañana, después catequizamos a los niños durante unos tres cuartos de hora. Luego hacemos la oración de la tarde y cantamos algunos cánticos espirituales.

Una población muy pobre se había establecido en otro rincón, en el terreno donde antiguamente se recluía a los contagiosos. A este lugar se le llamaba el *cercado de los Infectados*. El señor Vézinet comenzó también allí la instrucción cristiana de los niños y los hermanos continuaron. Uno de ellos, que en 1708 tenía solo 16 o 17 años, enseñaba el catecismo cada semana en una modesta capilla.

Pero la asamblea había encontrado ya otro campo de celo. Los habitantes de las Landas iban a la ciudad a vender carbón. Los llamaban los *Couziots*. En otro tiempo ofrecían su mercancía en las Fosos de los Curtidores; pero sus gritos, las riñas que a menudo estallaban entre ellos, habían turbado más de una vez el recogimiento de las religiosas de la Visitación, y estas se habían quejado al Gremio, por lo que un decreto prohibió a los *Couziots*, el 11 de julio de 1685, entrar en la ciudad más allá de la Puerta de San Julián. Los interesados no habían mejorado y como les acompañaban sus hijos, había allí ocasión para una buena obra, que la Aa emprendió desde 1704. Siete hermanos tratan en 1708 de enseñar la religión a esta pobre gente, de costumbres muy poco educadas:

Sus hijos –dice el corresponsal de 1704– parecen salvajes. Cuando quiere uno acercarse a ellos, huyen, gritan; parece como si los quisieran matar.

Uno de los primeros miembros de la Aa, como hemos visto, se interesaba por los galeotes, incluso antes de que se formara la pequeña sociedad. Podemos adivinar que la asociación no abandonó este tipo de apostolado. En efecto, los secretarios no dejan de subrayar las visitas que se hacen regularmente a los prisioneros. Dos o tres hermanos tienen a su cargo el *Palais Gallien* y el *Ayuntamiento*, donde trabajan por suscitar el arrepentimiento y preparar sinceras conversiones. Por su desvelo, los detenidos tienen cada año un retiro de una semana con dos instrucciones y dos meditaciones cada día. Dos hermanos tienen como misión especial visitar con frecuencia a los convertidos, para asegurar su perseverancia.

No olvidan a los enfermos del hospital Saint-André. La labor es menos delicada que la de las prisiones. Por eso los miembros de la Aa van pocas veces a la calle Trois Concils sin llevar consigo a otros estudiantes a los que asocian a su labor de caridad y de apostolado.

Pero no hace falta decir que los primeros beneficiarios del celo de la Aa son los alumnos del colegio y más aún los congregantes. Los hermanos son felices al mencionar que la *congregación general* es próspera, que muchos alumnos piden entrar en ella, que si ha estado «bastante agitada», la calma ha vuelto, y que es muy buena en ella la influencia de los *señores de la congregación secreta*. En 1708 un joven teólogo de 21 años se ocupa de desarrollar la piedad de ochenta jóvenes de entre 14 y 24 años, y ha llegado a reunirlos por la noche, en un lugar apartado, para hacerles meditar la pasión de Cristo.

Fueron más lejos y constituyeron otros pequeños grupos secretos, siguiendo el modelo de la Aa. El encargado y su sustituto dicen el 27 de febrero de 1715:

Os hemos encomendado que establezcáis una compañía de filósofos. El gran bien que procura esta institución nos haría desear ardientemente que pudierais establecerla entre vosotros. La utilidad de la misma es evidente para los estudiantes que ahí se educan y para la asamblea, a la que se procuran elementos bien formados en la práctica de la oración y de otras prácticas de piedad desde el primer año de teología, y de los que estamos tanto más seguros porque han sido probados durante dos años.

Además, para preparar a los jóvenes estudiantes a esta compañía, en las clases inferiores y hasta la tercera, se han establecido pequeñas asociaciones en las que se desarrolla el espíritu de piedad y de unión. Los días de vacación se reúne a los miembros; se les hace una lectura piadosa y pasan juntos el tiempo de sus diversiones. Así se les quita la ocasión de echarse a perder con malas compañías y, en lo que permite su edad, se los forma en la oración, llevándolos a reflexionar sobre lo que han leído o escuchado.

Dios bendice estos comienzos con su santa gracia –escribe el analista–; son de una piedad encantadora pero tan sólida que da muchas esperanzas de perseverancia. Un efecto de este pequeño ejercicio de piedad es su asiduidad a la congregación, a frecuentar los sacramentos.

A pesar de las ventajas claras del método, este presentaba también peligros para el secreto de la Aa. La asociación de Toulouse no creyó poder imitar a la de Burdeos. Y tuvo razón. Los asociados de Burdeos iban a experimentar pronto que nunca se puede ser demasiado discreto en este punto.

Al principio lo habían comprendido bien. Quizá les habían dicho que la indiscreción había perdido a la Aa de su ciudad treinta años antes. De todos modos, querían pasar lo más desapercibidos posible y, por eso, tener su asamblea en la casa profesa. «Estamos demasiado vistos en el colegio», escriben en 1704; el señor Vézinet y el señor Des Innocents intervienen para apoyar su deseo, pero nada indica que haya sido satisfecho.

Todo fue bien hasta 1717. En esta época una primera alerta conmovió a los hermanos. El 19 de mayo informan los señores Boisson y Duronca:

Hace poco se ha juzgado oportuno suspender la congregación de filosofía, lo que se ha hecho solo para conservar nuestra asamblea, que corría peligro de ser descubierta, lo que nos hubiera hecho también interrumpir nuestros trabajos externos.

Finalmente salieron del mal paso:

El Señor nos ha concedido la gracia de superar todos los obstáculos –escribe con emoción el correspondiente de 1717–.

Muy pronto, en una carta sin fecha, pero que parece ser de 1719, la asamblea bordelesa podía incluso anunciar que dos de sus miembros, ayudados por uno de sus antiguos directores, el P. Badeau, trabajaban para formar una asamblea en Poitiers. En 1721 estaban muy contentos por el éxito.

Pero algunos meses más tarde llegó la gran catástrofe, seguida de una llamada desolada a la Aa de Toulouse.

El inmenso dolor que nos invade al ver el infierno desencadenado contra nuestra asamblea –gimen los señores Barrère y Morraquier–, nos obliga a acudir a vosotros para rogaros, por la caridad que nos une, que juntéis de continuo vuestras oraciones a las nuestras, para pedir al Señor que se digne hacer cesar una tormenta tan furiosa que solo podemos temer una próxima ruina de nuestra Aa, si Dios no nos asiste de forma extraordinaria. Para deciros el mal que nos oprime, son las persecuciones exteriores, que se tramaban desde hace tiempo, como os lo dijimos por algún ruido confuso, y que ha estallado hace un mes con violencia.

Nuestra Aa ha sido descubierta y vemos que está a punto de ser divulgada entre los estudiantes, pues ya ha empezado. Estamos reducidos a no poder reunirnos más. Nuestros paseos y nuestras prácticas son conocidos. Los que nos persiguen y no piensan sino en destruir nuestra Aa, han escrito con nombre ficticio cartas llenas de calumnias a los padres de varios de nuestros miembros, para pedirles que liberen a sus hijos de tal secta, que tiende, dicen, a la herejía y a destruir el estado religioso.

Sin embargo Dios ha hecho que los padres de nuestros miembros no le hayan prestado atención. Nuestros enemigos, viendo esto, han escrito a un estudiante que no es de la Aa y que creemos que no ha hablado de ello a otros más que a algunos de nuestros hermanos. Estamos convencidos de que, después de haber hecho tanto, no pararán ahí, y que no olvidarán ninguno de los medios que puedan encontrar para alcanzar sus designios. Que el Señor venza todas sus maquinaciones. Creemos que no podemos hacer nada mejor que rezar al Señor. Por lo demás, estamos persuadidos de que tienen buena intención y que no buscan más que la gloria de Dios.

Al terminar, los bordeleses pedían que los sacerdotes de la Aa de Toulouse tuvieran a bien celebrar cada uno una misa a sus intenciones, y los demás miembros ofrecer una comunión. En *post-scriptum*, añaden que temen también por Poitiers, cuyas relaciones con su asociación fueron descubiertas en este accidente.

Por violenta que hubiera sido la tormenta, a principio de 1723 parecía disipada.

Pero fue una falsa seguridad. Muy pronto iba a redoblar su violencia. «Una carta plena de invectivas contra la Aa» cayó en manos de los franciscanos y estos creyeron que «debían informar a los estudiantes. Más de una vez hemos sido objeto de burla y juguete de todo el colegio», escriben los miembros de la Aa J. Baron y H. Pelé.

No podían quedarse quietos; pero ¿qué hacer? En Toulouse consultaron a un amigo, Mons. de Mirepoix, Joseph Gaspar de Maniban, quien les aconsejó que descubrieran todo al Arzobispo de Burdeos y les ofreció escribirle personalmente. Pero no fue necesario, pues habiendo oído hablar del asunto, Mons. Elie François de Voyer de Paulmy D'Argenson se informó por sí mismo y habló de ello tanto con el director de la Aa como con el superior del seminario. La institución le agradaba y no quería privarse del bien que realizaba. Si las reuniones se hacían imposibles en el colegio, había que tenerlas en otro sitio. Él designaría personalmente un director para reemplazar al P. Chourio.

Al transmitir a la Aa tolosana estas noticias tranquilizantes, el encargado y su sustituto añadían algo de lo que se habían enterado sobre el origen de sus males. Un hermano llegado de Poitiers, «del que sin duda no se había probado el secreto», había desvelado la existencia de la asociación «al hermano boticario» del colegio, y este no había sabido guardar su lengua. Ahora había una avalancha de escritos venenosos que circulaban entre los colegiales y fuera del colegio. Los había en prosa y en verso, en francés y en latín. Ciertamente no era el hermano el único autor. Todos estos panfletos tendían a ridiculizar a los hermanos y hacerlos odiosos. Se los comparaba con los «fanáticos de los últimos tiempos»; se los aplastaba con un montón de «epítetos burlescos que enseñaban a los estudiantes, para ridiculizarlos», bajo el título de *Reglas de los Beguinginos*, les atribuían prácticas «llenas de impiedad y fanatismo», los metían «en las filas de Molinos», y en fin había religiosos que pretendían que su finalidad era impedir que hubiera quienes entraran en religión.

Un documento posterior termina de informarnos sobre este episodio, indicando otra razón de la animosidad que se desencadenó contra la asamblea. Un miembro de la Aa, escribe Ducastaing, director en el seminario de Aire, que había entrado en los «J...» y salió poco después, continuó siguiendo los primeros ejercicios. Algún jesuita gritó con bastante fuerza contra ella –la Aa– y se añadieron pronto algunos otros. Incluso el profesor de teología quiso hacer burla pública de ella. Se llegó hasta querer destruirla. Pensaron incluso que lo habían logrado, y poco faltó, en efecto, para que lo consiguieran:

¡Tanta hiel puede entrar en el espíritu de los devotos!

El obispo de Burdeos había viajado para asistir en París a la Asamblea del Clero. Había que esperar su vuelta, pues estaba interesado en la pequeña asociación y había prometido intervenir. Hasta entonces, para no dar pretextos a sus adversarios, la Aa suspendió sus paseos

y sus reuniones generales, no conservando más que sus asambleas semanales por pequeños grupos.

Aquí se interrumpe bruscamente la correspondencia entre Burdeos y Toulouse, y no recomenzará sino cuarenta y cuatro años más tarde. Siguiendo su idea, Mons. Argenson dio sin duda a la Aa un director secular. Desde entonces ¿era prudente para la asamblea seguir la correspondencia con una congregación dirigida por un jesuita? Por eso, guardó silencio.

De los años que van de 1723 a 1762, apenas conocemos nada más que la Aa vive y sigue fiel a su pasado, a su ideal, a sus prácticas y a su espíritu.

Dirigidos por un sacerdote secular, los cohermanos siguieron frecuentando la congregación de la Purificación, renovando sus compromisos dos veces al año, reuniéndose cada semana para *la Aa de piedad*, sirviéndose de los paseos para su santificación, visitando los cuerpos incorruptos, a los enfermos y a los prisioneros, socorriendo a los pobres y difundiendo ampliamente las ideas cristianas.

La pequeña compañía creada entre los filósofos se mantuvo, y la Aa, sin aparecer ella, le procuraba siempre su presidente.

Pero si las *misiones* de la *Paludate*, de los *Couziots* y del *Cercado de Infectados* se extinguen, sin duda como consecuencia de la extensión de la ciudad y de la evolución social de los barrios, otras las reemplazan. Se interesaron por los *Tiñosos*, por los *niños expósitos* y por los necesitados del *Depósito de mendicidad* en el recinto de Arnaud Quiraud. No hay nada, incluso en el mantenimiento del término «misión» para designar cada una de las obras, que no pruebe hasta qué punto la Aa bordelesa había conservado el espíritu de Vincent de Meur. Cuando en 1758 un miembro de la Aa de Toulouse, Carenne, fue admitido en la pequeña sociedad, se encontraba en familia.

También en 1766, después de haberse informado minuciosamente, el sr. Ducastaing puede escribir que desde su separación de los jesuitas, *la asamblea* de Burdeos no había dejado de prosperar y que, excepto en el hecho de obedecer a un director secular, tenía «las mismas formas de actuar» que la Aa tolosana.

Pero, menos unida quizás a la Compañía de Jesús, la asociación había tenido más libertad para hacer penetrar su influencia en el ambiente estudiantil del colegio de Guyena, rival del colegio de la Magdalena.

En cuanto a los «epítetos burlescos» aplicados a los hermanos en 1723, hay uno que había hecho fortuna, y que maliciosamente se daba a todo eclesiástico piadoso y celoso: el de *béguinguin*¹. Con gran desagrado de las *Noticias eclesiásticas*, los *béguinguins* son muchos en Burdeos y en las regiones limítrofes: la Aa no es extraña al hecho, siendo el mejor elogio que puede hacersele.

A punto de entregar el libro a la imprenta, se ha notado que faltaba un párrafo en la página 22, justo antes del comienzo del apartado: «2. Las congregaciones de estudiantes». Para no tener que reajustar toda la edición, damos su texto aquí a pie de página: «En el estudio más recientemente aparecido sobre los jesuitas en Burdeos antes de la Revolución, G. Loirette alude a una congregación de criados organizada en el colegio en 1704. Se refiere también a una congregación de artesanos vinculada a la Casa profesa desde 1694. Es sorprendente que estas obras no figuren en el registro de afiliaciones a la *Prima primaria*. Solo un nuevo examen de los archivos de la antigua Compañía permitiría poner las cosas en claro y aportaría, sin duda, más de una precisión, más de un detalle interesante para la historia local y para la edificación de nuestra época». (N.E.).

¹ ¿«beato», «meapilas»? (N. E.).

SEGUNDO PERÍODO (1762-1789)

1. La Aa

Sabemos cómo el galicanismo parlamentario, unido al jansenismo y al filosofismo, obtuvo en Francia la supresión de la Compañía de Jesús.

En el examen de las *Constituciones* de la Compañía, varios Parlamentos destacaron como ilegal la organización de las congregaciones afiliadas a la congregación primaria del colegio romano. ¿No era un atentado contra la autoridad de los obispos? ¿Una causa de perturbación para la vida parroquial, tan fuertemente recomendada por los sagrados cánones? Vano pretexto, de hecho, pues el episcopado consultado no manifestaba los mismos temores y pensaba que se podía fácilmente prevenir o corregir los abusos.

El Parlamento de Burdeos se honró al no recibir esta queja pueril. Sin embargo, en su auto de 26 de mayo de 1762, tras haber ordenado a los jesuitas que dejaran, antes del primero de agosto, sus tres establecimientos de Burdeos, mandaba

muy expresas inhibiciones y prohibiciones a los sacerdotes y estudiantes futuros de la Compañía de Jesús, de seguir manteniendo en las casas de dicha Compañía, ninguna congregación, afiliación, cofradía, retiros u otros ejercicios particulares.

Además el Tribunal hacía

semejantes prohibiciones a todos los súbditos del Rey, de cualquier estado o condición que fueran, y bajo las penas pertinentes, de asistir o reunirse en dichas casas con los dichos Padres o estudiantes, bajo cualquier pretexto que fuera.

Finalmente, establecía una lista de libros jesuitas que serían quemados en el patio del Palacio y otra de los que no se debían volver a imprimir. Entre estos últimos figuraba un *Manuale Sodalitatis*.

Las congregaciones marianas tenían el honor de compartir la suerte de la Compañía que las había instituido y dirigido durante cerca de dos siglos, ¡y con qué éxito!

En el momento en que, como todos sus cohermanos, se veían reducidos a optar entre la expatriación y un juramento odioso, los jesuitas de Burdeos podían inclinarse con orgullo ante el pasado de la Compañía y, entre sus títulos de gloria, no era el menor el que les valía la formación de seis congregaciones marianas y de una Aa.



La supresión de la Compañía de Jesús habría podido ser fatal para las congregaciones marianas de Burdeos. Pero el celo de algunos sacerdotes y el apego de los congregantes a su ideal impidieron que desaparecieran todas. De 1762 a 1789 no se descubre ningún indicio seguro de la *Congregación de Nobles*, pero, por el contrario, aparecen la congregación de *estudiantes*, las de *Obreros* y la Aa.

Incluso la Aa no sufrió nada. Su separación de los jesuitas databa ya de hacía cuarenta años. Estaba muy lejos de serles hostil, pero temía un poco ser conocida de ellos. Su desaparición facilitó la recuperación de sus relaciones con la asamblea de Toulouse.

Es cierto que fueron necesarios más de dos años de negociaciones. La iniciativa partió de un hermano de Toulouse, que había pasado a Burdeos y había sido admitido en la Aa. El 5 de diciembre de 1765 escribía a su antigua asamblea y presentaba la de Burdeos de la forma más positiva. ¿Por qué no restablecer la antigua unión? El señor Ducastaing, que conocía bien los dos grupos, podría intervenir. De hecho este se informó y, por su parte, invitó a Toulouse a reanudar las relaciones.

Su gestión no tuvo un efecto inmediato. La Aa tolosana seguía desconfiada. Burdeos había tenido un director extraño a la Compañía de Jesús.

Se dice que piensa muy bien, pero alguno que venga tras él podría ser o desviado en la doctrina o especial en sus sentimientos. Y la singularidad del jefe pasa muy pronto a los miembros. Por eso, ¡cuántos inconvenientes para nosotros en caso de unirnos!

Otro motivo de duda: Burdeos recibe indistintamente

a sujetos de todas las clases, incluso a los D... (*sic*). Los estudiantes de los D..., por el contrario, están excluidos de la nuestra por una norma expresa.

Además, si los Jesuitas fueran restablecidos, «nosotros desearíamos reunirnos con ellos». Por fin, ¿son lo bastante discretos los hermanos de Burdeos?:

¿No tiene su Aa alguna publicidad que hace que sean designados con el título de Beguinos o Beguinguinos?

Habiendo ido de Aire a Auch, el señor Ducastaing tomó de nuevo la pluma para disipar las prevenções. El calificativo de Beguinguinos no era especial para los miembros de *la asamblea*. Quizá algún accidente inoportuno se lo había atraído en otro tiempo, pero los hermanos de Toulouse recibieron «el de Fla...» (*sic*). ¿Qué prueba esto? En cuanto al reclutamiento, si Burdeos buscaba sujetos en todas las escuelas, los alumnos de los D... dejarían sus clases para seguir las clases de otros miembros de la Aa.

Por lo tanto, la unión es posible actualmente; hay que realizarla y dejar el porvenir a la Providencia.

Esta vez tampoco hubo resultado inmediato. Sin embargo, poco a poco se hacía la luz; las barreras iban cayendo insensiblemente. La perseverancia del señor Carenne, director del seminario de Aire, triunfó de las últimas dificultades y, después de intercambiar diversas cartas explicativas, que llenaron el año 1767, ambas hermanas pudieron alegrarse en marzo de 1768 de haber renovado la alianza. Luego, cada año la Aa de Toulouse hacía una comunión general y cantaba un *Te Deum*, el día de la fiesta de san José, en memoria del feliz acontecimiento.



El grupo bordelés tiene por entonces como director al señor Alary, beneficiado de Sainte Colombe, un santo hombre, modelo del eclesiástico francés, afable y distinguido. Envejeció y, sin duda, no hubo más que otro director de la Aa entre el P. Chourio y él. Pero la edad no disminuyó en nada su entrega a los jóvenes, que le pagan con su estima, confianza y cariño. Durante diez años aún, será el guía amado y el consejero escuchado. La diócesis de Burdeos y las diócesis vecinas le deberán «un gran número de buenos sacerdotes».

Cuando muere, en 1778, llorado por todos, con más de 80 años, deja tras de sí al «señor Lacroix, cuyas virtudes y reputación igualan ya las suyas».

Nacido en Burdeos de familia obrera el 31 de enero de 1746, Noël Lacroix hizo, gracias a la protección del arcipreste de Saint-Estèphe, señor Lalanne, excelentes estudios en el colegio de la Magdalena. No habla de sus antiguos maestros sino con admiración, sobre todo del P. Bénazet. No hay duda de que había sido congregante: tendrá toda su vida hacia María los sentimientos de un hijo para con su madre. Tonsurado a los 18 años, fue recibido en la Aa. En 1767 fue delegado de ella. Si tras su ordenación tuvo una corta estancia en Saint-Estèphe, como vicario del señor Lalanne, se encontraba desde el mes de agosto con su querida *asamblea*, convertido en titular de una capilla de la iglesia de Sainte Colombe. Luego, gozando de toda la confianza del señor Alary, compartió todos los trabajos de este venerable sacerdote y, al sucederle en el cargo de beneficiado, no tiene más ambición que continuar su apostolado con la juventud.

Una talla elevada y majestuosa, ... una frente modesta y serena, una fisonomía llena de dulzura, de bondad, una actitud devota y lo más edificante posible, un lenguaje puro y agradable, formas afables y deferentes, la sonrisa a flor de labios, una alegría verdaderamente espiritual.

Todo en él encanta a los hermanos de la *asamblea*. Uno de ellos escribe a Toulouse el 28 de octubre de 1779:

No cede en nada al señor Alary por sus virtudes ni por su celo ni, sobre todo, por esta afabilidad que le atrae el corazón de todos los jóvenes y que usted admiró justamente en él, cuando en nombre de nuestra Aa le visitó como hermano nuestro, antes de tenerlo como director.

¡Cuánto ama y de qué solicitud rodea a sus queridos teólogos!

Cada año –informa su biógrafo– al inicio del curso de teología, sabía en seguida quiénes eran los recién venidos que frecuentaban la Universidad. Iba de inmediato a verlos, se insinuaba en sus corazones, ganaba su confianza por su suavidad solícita y afectuosa. Para no perderlos de vista, los comprometía a unirse a Sainte-Colombe o a Saint-Projet, o a una de las iglesias más próximas. Los ponía también en relación con sus otros discípulos, con lo que muy pronto pasaban a formar parte de su querido rebaño... Unas veces, los días de vacación, iba con ellos de paseo, para unirlos con los lazos de una amistad pura, se prestaba a sus juegos y luego proponía alguna lectura de la que hacía una glosa tan interesante y piadosa que sus corazones se abrían a las más sublimes virtudes. Otras, poniendo más seriedad en las relaciones con ellos, era por medio de conferencias y retiros, como formaba en ellos al hombre nuevo en la santidad y la justicia. Otras, por fin, los conducía a los hospitales o a las prisiones y, por sus ejemplos de caridad, hacía como el águila que incita a sus polluelos a volar, extiende sus alas y revolotea a su alrededor.

Se reconocen fácilmente en esta página las prácticas esenciales de la Aa, retiros, paseos, conferencias, obras de misericordia, como las evocan las cartas de la época.

Los hermanos son fieles a las renovaciones. Visitan con piedad el Santísimo Sacramento y las reliquias conservadas en la Catedral de San Andrés, en Sainte Eulalie, en Nuestra Señora de la Merced. Se ocupan de las congregaciones de estudiantes. Son también muy exactos, anotan en 1777,

en hacerse agregar a la cofradía del Sagrado Corazón y en ir todos los primeros viernes de mes a la Visitación, donde normalmente comulgan.

Van a los *Incurables* y al *Gran Hospital* a llevar consuelo y ayudar a los moribundos a purificar su conciencia. En los *Niños expósitos*, en el *Cercado de los Pobres*, en los *Tiñosos*, en las cárceles, distribuyen la instrucción junto con la limosna. Acompañados de *externos*, que extienden su acción y encubren a la Aa, enseñan cada semana el catecismo. Una vez al año organizan retiros con tres ejercicios diarios: el de las prisiones tiene lugar durante la Semana Santa y seis asociados aseguran sus beneficios, tanto a las mujeres como a los hombres. En 1773 la reunión del *hospital de niños expósitos* en el *Hospital San Luis*, obligará a la Aa a cesar en el catecismo que daba en el primero. Se resarcirán emprendiendo otras *misiones*. La vemos en 1784 inaugurar un catecismo para jóvenes obreros y, al año siguiente, otro para los *pequeños barrenderos*.

No pueden ver ninguna miseria sin buscarle remedio:

El espíritu de la Aa es propagar el bien en la medida de lo posible.

Los iniciados no son numerosos: 13 en 1767; 12 en 1770; 15 en 1772, en 1777 y en 1779; 17 en 1781; 10 en 1783 y 15 en 1785. Pero tienen la ambición de ser valores cristianos. Es un principio de las Aa. «Para los sujetos débiles, la Aa es más nociva que útil», leemos en las reglas de *la asamblea tolosana*. Y el redactor explica:

¡Compuesta de sujetos mediocres la Aa carecería de luz para orientarse, de crédito ante los superiores eclesiásticos, de fuerza para mantenerse, o más bien conduciéndose por sus propias deliberaciones, entregándose por otra parte a prácticas extraordinarias de piedad, caería siempre en desviaciones e ilusiones! Pronto no serían sino piadosos o, más bien, ridículos y fanáticos ignorantes.

En cuanto podemos juzgar, los miembros de la «fervorosa Aa de Burdeos» no fueron ni débiles ni mediocres.

Cada año –nos informa un corresponsal de la Aa de Toulouse– los hermanos se repartían en las diferentes clases y, cuando encontraban un buen sujeto, lo ganaban y lo admitían entre ellos.



Sería muy interesante disponer de una lista completa de los hermanos bordeleses. En su ausencia, y esperando que esta lista, si aún existe, salga a la luz, podemos recoger algunos nombres. Aquí van en primer lugar los *encargados*, los mayores depositarios de confianza y responsabilidad en esta asociación, en la que no hay dignatarios: Desbordes, Moulié, Dufourg, Berreterot, Bergey, Gouges, Bacqué, P. Monier, Delort, Desarnaud, Vignon. Siguen los *subencargados* o *sustitutos*: Dinety, Bellami, Arnaud, Saint-Marcq, Rauzan, François Cabrol, du Gravier, Hammon. Alusiones y ataques de adversarios, extendidas por varios sitios, permiten enumerar también a Carenne, Lardes, P. Boutaric, Lacomme, Luzit, J. Destenabe, V. Dubourg, Jalabert, Langoiran, Ducastaing. Sin miedo a equivocarnos mucho, podemos añadir a esta lista, la mayoría de los que las *Noticias eclesiásticas* califican de *Beguinos*: Boudin, primer vicario general de Mons. de Cicé, Mondauphin su colega, Ordonneau, superior del seminario de Saint-Raphaël, Lalanne, superior del seminario de Aire, Lafourcade, párroco de Saint-Eloi, Montmirel, párroco de Saint-Michel, Dupuy, beneficiado de esta misma iglesia. «También yo era Beguino», diría el bueno del señor Magne, al leer estos nombres. Démosle satisfacción e inscribámosle: su simpática silueta no está aquí desplazada.

Arnaud murió joven, llevándose consigo las más hermosas esperanzas. «Era el serafín de la Aa».

Delort, a los 21 años, es profesor de filosofía. «Asiste con la mayor exactitud posible a los ejercicios de la Aa». Tras la Revolución, que pasa en Inglaterra, Mons. d'Aviau lo hará secretario del arzobispado.

Vignon se identifica quizá con un sacerdote del mismo nombre, al que un registro de la Aa bordelesa del siglo XIX presenta como «un sacerdote de la antigua asamblea». Hermoso ejemplo de fidelidad, que ciertamente no fue único.

Dinety, tras su ordenación, entra como director en el seminario de Saint-Raphaël y secunda al señor Lacroix con todas sus fuerzas. En 1805 tomará posesión de la parroquia de Sainte-Eulalie y sucederá a Bergey.

Gouges es secretario del arzobispado en 1786, Berreterot es destinado a la parroquia de Saint-Louis, en los Chartrons.

Jalabert es conocido en la diócesis de París como vicario general.

El coadjutor Rauzan no es otro que el futuro fundador de los Misioneros de Francia, de los Sacerdotes de la Misericordia y de las Damas de Santa Clotilde. Sacerdote en 1782, doctor en teología en 1784, sucesivamente vicario en Saint-Projet y director en el seminario diocesano, colaborador celoso del Sr. Lacroix, emigrará a Inglaterra, el 22 de julio de 1792 y pasará en Prusia el año siguiente. El 18 de Brumario lo devolverá a Francia para una vida más activa.

Uno de los mejores sujetos, por no decir el mejor sujeto de la diócesis, por su piedad, espíritu, talentos, conocimientos. A su vuelta de Alemania, hace unos dos años, se paró en París donde predicó la cuaresma con un éxito extraordinario. Se ha hecho todo en el mundo para fijarlo allí. Es apto para todo aquello en lo que el Sr. Arzobispo quiera emplearlo.

En estos términos lo presenta un gran vicario a Mons. d'Aviau en 1802. Tras haber removido toda Francia con sus misiones, terminará sus días en su ciudad natal, a los 90 años, habiendo testimoniado siempre, para con la Virgen, esa devoción totalmente filial que había bebido en la Aa, junto al arcipreste de Saint-Estèphe y al Sr. Lacroix.

Condiscípulo de Rauzan, Valentin Dubourg, natural de Saint-Dominique, había ido a Burdeos a la edad de dos años. «A los 16 años instruía a los pobres e ignorantes», señala el autor de un artículo necrológico aparecido en los *Anales de la Propagación de la Fe*. ¿Quién no piensa aquí en la Aa? Habiendo terminado su teología en el seminario Saint-Sulpice, en París, pasará a América durante la Revolución, abrirá un colegio en Baltimore y será el primer obispo de Nueva Orleans en 1815. Vuelto a Francia en 1826, aceptará todavía la sede episcopal de Montauban y morirá algunos meses después de haber sido transferido a la cabeza de la archidiócesis de Besançon, en diciembre de 1833. Su fidelidad a Nuestra Señora jamás será desmentida.

¿Quién, pues, –escribía en su última pastoral– no ambicionaré darte el dulce nombre de Madre? Y sin embargo, ¿quién es el cristiano que no haya adquirido ese derecho, ya que no hay ninguno que no estuviera representado por el discípulo amado, cuando tu Hijo muriendo lo confió a tu ternura? ¿Quién es aquel al que mil favores recibidos por tu medio no atestigüen tu solicitud?

Había renovado su consagración mariana el 27 de abril de 1817, en la congregación de París, y el 1 de noviembre precedente había honrado con su visita la congregación de su amigo, el P. Chaminade.

Simon Langoiran es profesor de teología en la Universidad, muy estimado por unos y muy combatido por otros.

Tenemos aquí –escribe el encargado en 1769– un profesor que es de nuestra Aa. Todos los miembros de la Universidad le están muy unidos. Casi todos siguen el tratado que él explica.

Desde el inicio de su carrera, la Corte le ha

prohibido e impedido... explicar en el futuro... o insertar, sea en los cuadernos o en las tesis, ninguna de las proposiciones que pudieran hallarse en el compendio titulado: *Extractos y afirmaciones...* etc.

En 1765

nuevas prohibiciones e impedimentos [en relación con toda] proposición sospechosa o que no fuera exactamente conforme a las leyes del reino y a las máximas de la Iglesia de Francia.

Dos años más tarde se niega a aprobar una tesis quietista dirigida por el dominico Noailles. Las *Noticias eclesiásticas* lo proclaman como un escándalo. Y es aún peor cuando el 8 de julio de 1780, en el Liceo académico, preside la defensa de una tesis sobre la Iglesia, en la que el candidato pretende, entre otras cosas, que solo los obispos y el Papa, excluidos los párrocos, son jueces en materia de fe y que la Iglesia es infalible para interpretar los libros sagrados. ¡Y encima esta tesis está dedicada al Sagrado Corazón! *Inde irae!* El sacerdote ni se inmuta: en 1784, la tesis del Sr. Rauzan, que él dirige, irá también precedida de la misma dedicatoria, y sin duda no será la última. Editor del *Perfecto Interior* del Sr. de Bernières, vicario general de Mons. de Mériadec y de Mons. de Cicé, el campeón de la ortodoxia pagará con su vida la influencia que tenía en su diócesis. Morirá asesinado en la escalinata del arzobispado, lo que sucede el 15 de julio de 1792, pocas semanas antes de las horribles matanzas de septiembre.

Se necesitarían investigaciones especiales para encontrar las huellas de los demás miembros de la Aa, pero nada nos impide unirlos a sus hermanos, sin más averiguación, en los elogios que varios testigos han hecho a los congregantes.

¡Ah, cuánto de edificante he visto en esta querida Aa de Burdeos! –escribe un director del seminario de Aire en 1817–. Puedo decir que he visto prodigios de virtud, personas ardiendo en celo por la gloria de Dios... ¡No, nunca he olvidado esta querida Aa, y espero que no la olvidaré jamás!

Y, por su parte, el «buen señor Mages» testimonia:

No se empolvaban ni se hacían rizos; no llevaban cinturones de seda; en sus zapatos solo tenían hebillas metálicas, ... eran los más fuertes del curso... [y] brillaban en los exámenes en los certámenes públicos.

Se habrá notado que los miembros de la Aa no pertenecen a una sola generación. Los hay jóvenes, que estudian antes de entrar en el seminario para recibir las órdenes: son los miembros activos, por así decirlo. Luego están también los mayores, párrocos de la ciudad, diversos beneficiados, directores de seminario: estos no asisten a todas las reuniones, ni participan directamente en las *misiones* de los jóvenes, pero sostienen a sus benjamines con sus ejemplos y su crédito, y se los ve numerosos en las *Renovaciones*.

Cor unum et anima una: es la unión lo que hace la fuerza de la Aa. En la capital de la Guyena los eclesiásticos forman un grupo que cuenta y con el que –añadían las malas lenguas– había que contar. Se imponen por la dignidad de su vida, la firmeza de sus convicciones, el grado de su saber y de su celo. Quizá se ha exagerado la relajación de los eclesiásticos en vísperas de la Revolución: un clero que en una sola ciudad cuenta con decenas de hombres eminentes en ciencia, virtud y entrega no es un clero decaído.



No es extraño que tales hombres sean combatidos, ridiculizados, incluso calumniados. ¿No es un hecho que la historia puede atestiguar en todas las épocas? Toda superioridad le pesa a la debilidad humana, que se venga con las únicas armas que sabe manejar.

¡Qué cosas no se dicen de los discípulos o de los cohermanos del Sr. Lacroix! Son *fanáticos, nuevos fariseos, cordícolas², especie de sulpicianos*; Sainte Colombe es *el arsenal de las calumnias y complots* contra sus adversarios. El término *beguinguinos* resume por sí solo las amabilidades y, si los asociados ignoran su origen, una lengua viperina indica bien la interpretación corriente. Bernadeau escribe en sus venenosas *Tabletas*:

Los cofrades se distinguían por la suciedad de su ropa y por sus formas extravagantes. Dicen que eran continuación de la secta de los *Bégarres (sic)* o *Beguinos*, proscrita por Clemente V, llamado el Papa gascón, que no era precisamente devoto suyo.

Veintiséis años más tarde, su memoria no le guarda otros recuerdos, así que escribe el día del funeral del Sr. Lacroix:

Los *Beguinos* eran jóvenes eclesiásticos que hacían profesión de rigorismo y que se distinguían, entre otras cosas, por sus cabellos lacios y grasientos.

El Sr. Lacroix es *jefe de los Beguinguinos*, con el Sr. Dinety como sustituto; el Sr. Mondauphin es su corifeo; el párroco de Saint-Éloi, Sr. Lafourcade, el oráculo. Por otra parte, si el término designó primero a los miembros de la Aa, ahora se da a los que viven lo más regularmente. El Sr. Ducastaing, que da la información, añade: «¡Dichoso el eclesiástico que merece recibirlo!»

El Sr. Langoiran, que es el más conocido, es la bestia negra de las *Noticias eclesiásticas*.

No entiende más de buena teología que de sólida devoción: acunado desde su infancia en ridículas quimeras... las expende con la mayor confianza,... devora los absurdos.

¿Pues no se ha negado a aprobar una tesis, porque en ella se enseñaba la necesidad de orientar nuestras acciones a Dios solo por amor? ¿No ha presidido la defensa de otra tesis «llena de errores» sobre la Iglesia?

Tanta animosidad tenía que desencadenar un ataque generalizado. Y se desenmascaró en la revista jansenista el 17 de julio de 1780:

El sacerdote de Mondauphin, que aspira a ser el único administrador de la diócesis, se arroga el derecho de tener conocimiento de muchos asuntos sin la participación de los otros vicarios mayores. Por ejemplo, decide él solo sobre los sacerdotes extranjeros que vienen a trabajar en la diócesis. Los envía todos al Sr. Simon Langoiran, profesor de teología y uno de los examinadores de ese consejo para el gobierno de la diócesis, que llaman congregación. El Sr. Langoiran trata a sus eclesiásticos con mucha altivez y dureza, y el Sr. Mondauphin dice, para justificarle, que es porque es muy escrupuloso! ¿Desde cuándo lo es? Ciertamente no lo era en su último viaje a París, hace pocos años, cuando, según decía, iba a aprender griego, y se hizo preceder de ricos presentes destinados al Sr. Dufaux, chantre mayor de la Iglesia de Burdeos, que estaba enfermo en la capital. El Sr. de Langoiran ambicionaba sin escrúpulos una dignidad de catorce mil libras de renta y empleaba los regalos como medio legítimo para determinar el titular de una designación. No se equivocó en su esperanza. El Sr. Dufaux hizo la designación a favor del estudiante de griego, aunque felizmente su pronta muerte

² En sentido peyorativo, devoto del Sagrado Corazón (N. E.)

impidió que prosperara. Y decimos *felizmente* porque ahora que el Sr. Langoiran es escrupuloso, estaría atormentado por los remordimientos si lo hubiera conseguido. Los sacerdotes extranjeros, después de haber soportado todas las impertinencias de ese profesor, tienen que pasar una segunda prueba. Son enviados al Sr. Lacroix, jefe de los Beguinginos, o al Sr. Dinety, su sustituto, para hacer una confesión general y sufrir una durísima reprensión. La reprensión es muy apreciada entre estos sulpicianos bordeleses: es el auténtico sello de la capacidad eclesiástica, y está en Sainte Colombe, que es la oficina principal donde se distribuyen estas importantes provisiones, igual que es ahí, en la comunidad de esta parroquia, donde está el arsenal de las calumnias y complots contra aquellos que no quieren ser azotados, ni practicar las minuciosas devociones que allí les enseñan. Hace algunos años el párroco de Saint-Michel (se trata de Montmireil, promotor de la diócesis), tan ávido de todo lo que pueda hacerle sobresalir en el espíritu de los tontos, se hizo iniciar en esta sociedad, dejó la peluca según las leyes del instituto, y fue sin duda bien azotado como los demás. El Sr. Ordonneau, que dirige el seminario menor a las órdenes del sacerdote de Mondauphin, tiene también el gran poder de azotar y ningún seminarista escapa a su exactitud en el tema. Varios individuos han desertado de esta casa: unos, que ya habían sido azotados, se han negado a serlo por segunda vez; otros no han querido consentir nunca tal infamia. Se deja al juicio de cada uno si tal educación conviene a jóvenes eclesiásticos y si es honrosa para los maestros.

Cuando Mons. de Cicé sucedió a Mons. de Rohan, algunos creyeron que lo que aparecía a sus ojos como el reino de los *Beguinginos*, iba a terminar. Engañados en su esperanza, recomenzó la lucha, malvada, odiosa, innoble a veces; en suma, deshonrosa para sus instigadores tanto en sus motivos como en sus procedimientos. Un testigo escribe el 12 de agosto de 1785:

Burdeos está trastornado. La asamblea de Sainte-Eulalie ha perdido la cabeza. La ciudad está infectada de libelos contra nuestro prelado y contra algunos beguinginos, entre otros el sacerdote Langoiran.

Analizando para su corresponsal uno de estos panfletos, el mismo vicario, el sacerdote Labrouche, prosigue:

Los señores Langoiran, Lacroix, Rauzan y algunos otros acaban de ponerse en fila para aparecer al extremo de una genealogía, la más vil, la más abyecta que jamás se haya trazado. El señor Langoiran aparece en ella desenmascarado y pintado al natural. El cuadro es encantador. Es feo, repugnante como una arpía, bobo y malvado como un pavo, brutal e hipócrita, y sobre todo ignorante. Como prueba de esta última cualidad se hace una lista de las obras que componen su biblioteca. Son autores condenados y proscritos, equivocados y sin juicio, con otras obras del mismo estilo, no muy numerosas... En resumen, no tiene más que su mal cuaderno de cátedra y su breviario para completar. Ha estado en París, no para aprender allí la lengua griega, sino para hacerse el griego y, *crimine hoc ab uno disce omnes*.

Los miembros de la Aa no rechistaban. Dejaban decir y rezaban. «Yo he ofrecido algunas comuniones por la conservación de la querida Aa», dice un hermano en 1781, y otro, en 1785, se da la disciplina una vez a la semana, para lograr que cesen las persecuciones. Tampoco se deja, por otra parte, de tomar las medidas que la prudencia aconseja en algunas circunstancias. Hemos visto que, para evitar que se descubriera la Aa, los hermanos habían renunciado, en 1779, a mantener las pequeñas sociedades que discretamente habían organizado entre los alumnos de segunda y de retórica. Por el mismo motivo en esta fecha cambiaron el día de su paseo semanal. Pero, una vez satisfecha la prudencia, permanecían en paz, inquebrantables. «Sometidos a la Bula *Unigenitus*, sin restricciones, sin modificaciones,

tanto de hecho como de derecho», se declaran prestos a sellar con su muerte su unión al Soberano Pontífice.

Todavía unos años más y, prefiriendo la muerte o el exilio antes que el cisma, probarán, al mismo tiempo que la sinceridad de sus protestas, la excelencia de los principios que debían a la Aa.

2. Los estudiantes

Entre los campos de acción en los que ejercían su influencia los cofrades de la Aa, la congregación de estudiantes tenía todas sus preferencias antes de la dispersión de la Compañía de Jesús, y siguió teniéndolas.

Separada de los jesuitas, probablemente la congregación había penetrado muy pronto en el colegio de Guyena, donde hacía tiempo existía una agrupación mariana, llamada también congregación y de la que nada sabemos, sino que se reunía en el claustro de la catedral, ante una magnífica estatua de alabastro.

Al suprimir la Compañía de Jesús, el Parlamento de Burdeos había optado por mantener el colegio de la Magdalena y el 4 de febrero de 1763 había nombrado *Principal* a Louis-Benoît Marichal, sacerdote y canónigo de San Nicolás de Sézarne-en-Brie. El establecimiento subsistió hasta 1772 con el título de *Colegio Real de la Magdalena*. Los cofrades frecuentaron ambas congregaciones hasta esta fecha. El 12 de abril de 1772 escriben:

Vamos a la congregación con toda la exactitud que podemos, unos al colegio real de la Magdalena, los otros al colegio de Guyena.

¿Se preguntaron entonces si la congregación de la Purificación podía seguir gozando de las indulgencias que había obtenido por su afiliación en 1604, y solicitaron nuevos favores? Nada permite pensarlo así. Por otra parte, la obra se seguía reuniendo en la misma capilla y la medida que golpeó a la Compañía en 1762 no comprometía en nada a la iglesia. Un bordelés incluso escribe en 1819:

Varios religiosos que siguieron residiendo en Burdeos sostuvieron la piedad y los ejercicios de las congregaciones.

En efecto, según un *Fiat* conservado en la Biblioteca nacional en París, ocho antiguos jesuitas vivían en Burdeos en 1788 y entre ellos se encontraba el P. Bélézi, último director de la congregación de Artesanos, establecida en el Noviciado desde 1691. De la congregación del colegio de Guyena, se puede suponer que había sido enriquecida con indulgencias por una bula o un breve particular.

A pesar de todos los esfuerzos de los cofrades, los diez años que siguieron a la partida de los jesuitas no fueron un período de fervor para ninguna de las congregaciones marianas.

¡Dios quiera –clama un miembro de la Aa bordelesa– que estos ejercicios se hicieran en el espíritu de la Aa!

En 1772 los dos colegios reunidos no formaron más que uno solo, el *Colegio real*, que se instaló en los locales de la antigua casa profesa de la Compañía, mientras que los edificios del colegio de la Magdalena eran destinados al Parlamento. El acta de una encuesta hecha por el Oficial diocesano Ignace Boudin el 9 de agosto de 1773, nos dice:

Por orden de la Oficina del Colegio y del señor Procurador general, y por los cuidados de los comisarios de la Oficina, los vasos sagrados, relicarios, objetos de plata,

ornamentos, ropa blanca, libros, vestuario y otros efectos para uso del altar, iglesia y sacristía, fueron llevados de la iglesia de Santiago y de la capilla de la congregación de estudiantes del colegio de la Magdalena al colegio real de Guyena.

Quizá fue en esta ocasión cuando se constituyó, alrededor del P. Lacroix, lo que muy pronto se llamaría en Burdeos la congregación estudiantil de la Purificación.

Si no fue de derecho, sí lo fue de hecho, y la intervención del padre Lacroix provocó en el grupo una verdadera renovación.

No tardan en frecuentar más de cuatrocientos jóvenes la iglesia de este sacerdote admirable por su acogida e influencia. Tienen un lugar reservado, toman parte en ejercicios particulares y escuchan instrucciones orientadas a ellos. Se ingenian para distraerse los domingos entre los oficios de manera honesta. En ocasiones, sobre todo en tiempo de carnaval, organizan pequeñas fiestas.

El señor Lacroix tenía un talento tan singular para alegrar a los jóvenes y variar sus juegos, que para ellos eran, decían, las veladas más deliciosas. La fiesta terminaba con una pequeña comida, a la que todos contribuían...

Cada año, el infatigable sacerdote predica un retiro a sus jóvenes discípulos y, antes de dejarlos dispersarse para las vacaciones, les distribuye un ejemplar manuscrito, que él ha redactado, titulado *Protector contra la seducción durante las vacaciones*.

En 1801, el P. Chaminade hará imprimir, para uso de sus jóvenes, un *Compendio de oraciones y Prácticas para servir al culto de la Purísima María*. El opúsculo comienza con una *Introducción* que expone y comenta las *obligaciones de una persona consagrada a la Santísima Virgen*.

Pero la crítica interna revela que el P. Chaminade no es el autor de esta introducción, sino que este texto en su conjunto había sido redactado durante el antiguo régimen, para jóvenes estudiantes. En estas condiciones, se piensa naturalmente en la congregación de Sainte-Colombe. ¿Encontraremos algún día el original fechado de este tratado? Desde ahora creemos que podemos utilizarlo para recordar más plenamente la obra del Sr. Lacroix. En él leemos:

El Espíritu del Señor reanima por todas partes los sentimientos de la más tierna devoción hacia su Esposa Inmaculada; los fieles se apresuran a rendirle este culto especial y distinguido que exige su dignidad suprema de Madre de Dios.

Sobre todo su Inmaculada Concepción es objeto de una veneración particular. No existe un auténtico católico que no ponga hoy su gloria y su consuelo en rendir a este misterio de predilección los homenajes de su amor y de su respeto.

Pero lo que jamás se vio de modo tan llamativo es el fervor y la noble emulación que muestra la juventud para consagrarse al servicio de la purísima María...

El corazón, el tierno corazón de la augusta María ha tenido que ser muy sensible al dulce nombre de Madre de los cristianos, Madre de los predestinados, que todos los siglos le han prodigado. Es en su seno donde el Cielo vio siempre, con tanta complacencia, germinar y crecer el trigo de los elegidos. [*Tu vientre como un montón de trigo* (Cant 7,2)]³.

Pero hoy es en cierto modo una gloria nueva la que ella recibe en el nuevo título que almas inocentes le atribuyen a porfía. ¡Cuántas veces al día esta Virgen sin mancha es invocada con el amable nombre de *Madre de la Juventud!*

En el siglo más pervertido que nunca haya existido, del seno de la corrupción, en medio de todos los vicios, vemos nacer una generación casta, una generación virtuosa.

³ *Venter tuus sicut acervus tritici* (Cant 7,2).

Se llama a sí misma la familia de la purísima María. Pues, en efecto, todo en ella anuncia la nobleza y la dignidad de su nacimiento divino. No se ve en ella sino alejamiento del vicio e inclinación a la virtud. Todos los miembros de esta familia se aman con ternura y están habitualmente unidos en el corazón de la divina Madre. Si la diferencia de caracteres, si la aparición de algún defecto personal pudiera alguna vez enfriar a unos hacia los otros, para restablecer la paz, la unión, la caridad, no necesitan otra cosa que pensar que todos son hermanos, engendrados todos en el seno maternal de María...

¿Quién no ha repetido ya mil veces: «¡Cuán hermosa es esta generación casta, esta generación virtuosa!». [*¡Qué hermosa es esta luminosa generación! (Sab 4,1)*]⁴. ¡Qué horrible contraste, qué horrenda diferencia, cuando se compara esta virtuosa familia de María con esa juventud que ha engendrado la corrupción del siglo!... ¡Desdichada esta parte de la juventud que no corre tras los perfumes que exhala por todas partes el conocimiento de las virtudes de esta Virgen incomparable! Pecar contra la augusta María es herir su propia alma. Alejarse de su culto es buscar la muerte: [*Pero los que pecan contra mí, hieren su alma; todos los que me odian, aman la muerte (Prov 8,36)*]⁵.

Escrita al día siguiente de los excesos revolucionarios, en el clima de 1800, esta página quedaría pálida, ingenua, inexacta. El que una cincuentena de jóvenes se hayan reunidos al final de un año de esfuerzos, en una ciudad de cien mil almas, ¿sería suficiente para que se diga espontáneamente que hay una nueva generación impaciente por consagrarse a María? ¿Es más exacto, más normal, el balance, si la «nueva generación» son los cuatrocientos jóvenes del Sr. Lacroix, todos alumnos del colegio, fracción imponente de la juventud estudiantil de entonces? ¿Y si «el siglo más pervertido» fuera el siglo de Voltaire y de los Talleyrand, la *Enciclopedia* y los salones filosóficos?

El autor prosigue:

Una consagración sincera al culto de la purísima María forma una verdadera alianza entre la persona que se consagra y la Virgen Inmaculada que recibe esta consagración. Por un lado, la augusta María recibe bajo su poderosa protección a este fiel, que se arroja en los brazos de su ternura maternal y lo adopta como hijo. Por el otro, el nuevo hijo de María contrae con su augusta Madre las obligaciones más dulces y amables.

Viene luego la enumeración de estas obligaciones: invocar a María, honrarla, engrandecerla siempre, imitar sus virtudes, no permanecer nunca en estado de pecado mortal, favorecer el culto mariano y, por amor a María, rendir culto especial a san José.

Las páginas siguientes contienen juiciosos consejos sobre la *Asiduidad a los ejercicios del culto* a la santísima Virgen, *la modestia* y *el recogimiento*, que son de uso corriente en estos ejercicios, *la huida de las malas compañías*, *el celo que deben tener unos para con otros los hijos de la purísima María*, *la obediencia* y *la docilidad*, *el trabajo*, *la lectura de buenos libros* y *la práctica de las buenas obras*.

Aunque lo que comúnmente se llaman buenas obras –léan los congregantes–, parezca no convenir a los jóvenes ocupados en el estudio o en cumplir sus deberes de estado, hay algunas, sin embargo, de las que pueden servir para atraer sobre sí mismos las bendiciones del cielo y para habituarse desde su juventud a los ejercicios de piedad. Siempre se ha visto a jóvenes, unidos por los lazos de la caridad y de la religión, entregarse a la práctica de las obras de misericordia, visitar a los presos, socorrer a los pobres, sea haciéndoles participar en lo que hubieran podido emplear para sus diversiones, o exhortándoles, de forma agradable y familiar, a cumplir los deberes del

⁴ *Quam pulchra est casta generatio cum claritate!* (Sab 4,1).

⁵ *Qui autem in me peccaverit laedet animam suam; omnes qui me oderunt diligunt mortem* (Prov 8,36).

cristiano y a educar a sus hijos en el temor de Dios, enseñándoles a hacer la oración de la mañana y de la noche, a acercarse a los sacramentos, a soportar con paciencia los males, haciéndoles comprender que esos males terminarán y que la felicidad con que Dios coronará su constancia en soportarlos nunca tendrá fin.

Se los ha visto santificar sus paseos de diferentes formas: unas veces yendo al campo y reuniendo a los hijos de los campesinos para enseñarles el catecismo, para enseñarles a rezar a Dios, para inspirarles horror al pecado; otras, tomando como objetivo de sus paseos una iglesia o capilla; otras, uniéndose dos o tres para leer, durante el paseo, algún libro piadoso, o para conversar sobre temas de devoción.

No deben ignorar que no pueden permitirse practicar mortificaciones o penitencias corporales sin consultar a su confesor y seguir exactamente su parecer sobre este punto, para no caer en alguna indiscreción. La debilidad de su edad no puede, sin embargo, dispensarlos de practicar alguna, pues las hay que pueden convenirles. Pueden, por ejemplo, ayunar a veces el viernes en honor de la Pasión de Nuestro Señor, o el sábado en honor de la santísima Virgen. Los demás pueden, en sus comidas, mortificarse en algo, absteniéndose de lo que más les gusta. Pueden también a veces, por espíritu de penitencia, emplear en la oración, en el estudio o el trabajo una parte del tiempo que podrían libremente pasar en diversiones, privarse de una satisfacción permitida, ofrecer a Dios una humillación que reciben, no guardando antipatía a los que se la causan, sino al contrario rezando por ellos. Pero que se convenzan de que a su edad no podrían practicar mortificaciones más agradables a Dios, más útiles y más capaces de atraer las bendiciones del Cielo que aplicarse con empeño a vencer sus pasiones, a frenar sus explosiones, a superar la repugnancia que sienten para cumplir sus deberes.

Toda la ascesis, todas las prácticas exteriores de celo exaltadas en la Aa han pasado a esta página. En el siglo XIX harán falta algunas adaptaciones.

Para los jóvenes nada es más importante que la elección de carrera. La *Introducción* terminaba con este tema:

No todos los estados convienen a todo tipo de personas –subrayaba el redactor–, porque no todos los hombres tienen las mismas inclinaciones ni las mismas disposiciones de cuerpo y de espíritu, ni la misma gracia de Dios. Un joven, en un estado para el que no está hecho, está en una situación violenta. Es un elemento descentrado: ¿qué reposo, qué alegría puede tener? Privado de las gracias especiales unidas al estado al que Dios le llamaba, ¿cómo podrá realizar su salvación? Posiblemente se pierda, cuando siguiendo la voluntad de Dios se salvaría con seguridad.

Seis párrafos indicaban a continuación cómo actuar antes, durante y después de la elección de estado. Leyéndolos, no puede uno sustraerse a un sentimiento de simpática admiración hacia quien los redactó, por tanto sentido común, moderación, religión y verdadero amor a la juventud como en ellos se ve.

Si la *Introducción del Compendio* de 1801 se remonta al menos al Sr. Lacroix, es también muy probable que el acto de consagración mariana que en él se lee sea el que se usaba en Sainte-Colombe.

Sabemos en efecto, que en las congregaciones afiliadas a la *Prima primaria* eran tradicionales dos fórmulas de consagración: la llamada de san Juan Berchmans y la conocida como de san Francisco de Sales. Esto se sabía en Burdeos, donde encontramos explícitamente la fórmula de san Juan Berchmans antes de 1762 en la congregación de la Purificación, como lo hemos visto, y luego, en los estatutos de la congregación de Artesanos. Es una oración totalmente diferente la que contiene el manual de 1801. No sería imposible que fuese la de la congregación de Sainte-Colombe.

Por lo demás, no estamos ante un texto absolutamente original. En esencia, esta consagración se encuentra casi enteramente en el P. Croiset primero y luego en el P. Gallifet,

en este último bajo el título de *Oración o Ejercicio que contiene el culto propio de la santísima Virgen como Madre de Dios*.

Un detalle a subrayar: mientras en el origen se trata de un homenaje rendido especialmente a la maternidad divina, inspirado por el respeto y que termina en la consagración a título de esclavo, en Burdeos el homenaje se ha ampliado para abarcar todos los privilegios y grandezas que la fe cristiana reconoce en María; su pureza virginal y su Inmaculada Concepción han sido especialmente resaltadas; el conjunto se ha teñido de una ternura filial muy acentuada y la oración termina con una ofrenda como hijo. El ejercicio que contenía el culto propio a la Santísima Virgen como Madre de Dios se ha convertido en un ejercicio que contiene el culto propio de la Santa Virgen como Madre de la juventud. Si no podemos afirmar que Noël Lacroix tuvo la iniciativa de esta transformación, pues pudiera haber sido realizada por uno de sus predecesores, hemos de confesar al menos que ningún otro acto de consagración armoniza mejor con lo que sabemos del piadoso beneficiado y de su obra.

El biógrafo del Sr. Lacroix no señala explícitamente la ayuda que el joven director encontró en sus hermanos de la Aa. Nos lo imaginamos fácilmente manteniendo el orden (se decía «velar por la modestia»), dar ejemplo de piedad y de recogimiento, organizar los juegos y animarlos, contribuir a los retiros..., todo estaba en las mejores tradiciones de los *Amigos*.



Otra costumbre de la *asamblea* bordelesa era formar en el plan de la Aa una *compañía* de filósofos. La conservaron y la encontramos con el señor Alary y con el Sr. Lacroix. Dos hermanos se ocupan del tema especialmente, hacen cada semana una meditación con ellos y los acompañan de paseo, mientras otros los reúnen para conferencias de sana filosofía. El testimonio recogido por el biógrafo del señor Rauzan no hace sino precisar felizmente lo que leemos en las cartas de la Aa. En el colegio había, refiere el P. Delaporte al dictado del sacerdote Magnes, cerca de un centenar de alumnos de filosofía, todos externos y la mayoría llevaban la sotana. Muchos de ellos llevaban una vida muy ligera, como efecto de los malos principios de que los infectaba la filosofía de entonces. Hombres impulsados probablemente por el partido filosófico trabajaban para atraerse a estos jóvenes y corromper su espíritu. El señor Lacroix hacía cuanto podía para oponerse a estas funestas influencias. Acogía a estos estudiantes, sobre todo a los destinados al estado eclesiástico, y los llamaba a que se le unieran, y dos veces a la semana les daba una instrucción piadosa en la iglesia de Sainte-Colombe. Le ayudaba un joven sacerdote, que gozaba de gran reputación de saber y de virtud. Era el sacerdote Rauzan, que entonces no tenía ninguna función y que vivía con su familia, que habitaba en la parroquia de Sainte-Colombe.

Mientras el señor Lacroix cultivaba el corazón de estos jóvenes, el señor Rauzan pensaba en precaverlos de los errores que progresaban a diario de modo espantoso. Los reunía varias veces a la semana en casa de su señor padre, en una gran sala, en la calle Neuve, y les daba un curso de filosofía en el que refutaba, con fuerza y talento, a Voltaire, Rousseau, Diderot. Estos jóvenes asistían todos los días a misa y, el domingo, a los oficios, en la iglesia de Sainte-Colombe, vigilados por los señores Lacroix y Rauzan. Su reglamento, en sustancia, era: oír misa todos los días, comulgar todos los meses, no leer nunca una comedia (en esta época, todo el mundo las leía) ni las obras de la filosofía contraria a la religión.

El método satisfizo plenamente a los congregantes. En varias ocasiones señalan que la pequeña compañía de los lógicos y de los físicos «es bastante numerosa y fervorosa» y que «les prepara personas apropiadas para ser recibidas en la Aa en cuanto estén en teología». En 1777 hay diecisiete miembros, dieciseis en 1779, trece en 1791.

Como sus predecesores, los miembros de la Aa de entonces trataron de organizar grupos semejantes entre los alumnos más jóvenes. La carta escrita a Toulouse durante las vacaciones de 1777 menciona que dos congregantes reúnen a los alumnos de segundo y a los retóricos tres veces por semana. Les hacen una lectura piadosa y les hacen recitar los tres *Pater* y las doce *Ave Maria* de la *Pequeña Corona*. Cada quince días les dirigen además unas palabras edificantes.

Por desgracia, hubo que renunciar muy pronto a estas reuniones restringidas: para los miembros admitidos era una ocasión de descubrir, o al menos de sospechar, la congregación de filosofía, e incluso la Aa. Era mejor cortar las ramas que arriesgarse a arruinar el árbol. Desde entonces se limitaron a animar a los estudiantes a las visitas al Santísimo Sacramento y a algunas *misiones*.

La congregación de Sainte-Colombe duró hasta la Revolución. Cientos, miles de jóvenes recibieron allí la influencia del señor Lacroix y se formaron en un verdadero cristianismo y en una profunda y sólida devoción hacia la Madre de Dios. El canónigo Gaussens escribió:

Burdeos vive con admiración lo que París había visto un siglo antes. Sainte-Colombe era Saint-Lazare. Noël Lacroix era Vicente de Paul. Parece como si este sabio educador hubiera oído ya como un lejano ruido de armas, como un vago anuncio de los próximos combates, y preparaba ya para la Iglesia fuertes y poderosos atletas.

Noël Lacroix tendrá que expatriarse en 1792. El vandalismo revolucionario arrasará la iglesia de Sainte-Colombe. Pero la llama encendida no se extinguirá y, al comienzo del siglo XIX, iluminará de nuevo con toda su claridad en la congregación del Sr. Chaminade.

3. Los artesanos

El que se les hiciera imposible tener sus reuniones en las casas de los jesuitas les pilló de improviso a los artesanos, pequeños y mayores; pero apreciaban demasiado las ventajas de sus asociaciones para no intentar reconstituirlas en cuanto pudieran. En 1765 lo habían hecho: dos nuevas congregaciones estaban preparadas para recomenzar el trabajo interrumpido por la supresión de la Compañía de Jesús.



La primera tenía su sede en el convento de los Carmelitas, en Chartrons. Su partida de nacimiento puede aún hoy leerse en los archivos departamentales de la Gironda, en un registro donde el secretario del capítulo escribe, con fecha de 13 de febrero de 1765:

Se ha propuesto erigir en el convento una congregación de hombres, semejante a la que tenemos en Marsella y en varios otros conventos de nuestra congregación y con los mismos estatutos, por el bien espiritual de los habitantes de este suburbio y conforme al permiso concedido N.S.P. el Papa, el Sr. Arzobispo y nuestro Reverendo Padre General.

La comunidad aceptó todo por aclamación y con todos los sufragios, y nombró como director de esta congregación al P. Jacinto de la Santísima Virgen.

La fiesta principal es la Anunciación de la Santísima Virgen, con exposición del Santísimo Sacramento.

Durante cuatro años, los congregantes tuvieron sus reuniones y celebraron sus oficios «en una de las capillas interiores de dicho convento». Pero en 1769, como había aumentado considerablemente el número de congregantes, la asociación solicitó un local más amplio. La comunidad, «condescendiendo a sus piadosos deseos», les asignó una sala situada encima de una bodega, a lo largo de la calle Sainte-Thérèse.

Era una pieza de cuarenta y cuatro pies de largo por veinticuatro de ancho, lo bastante alta de techo como para que se pudiera aumentar la capacidad por medio de una tribuna. Daba a la calle por un lado y por el otro estaba adosada a la capilla principal del convento, y se accedía a ella por el pasillo interior que iba a la sacristía de los Padres.

Antes de acondicionarla, un acta notarial fijó las condiciones de la ocupación y usufructo. En el despacho del Sr. Fatin, el 19 de febrero, los señores Andrieux, prefecto, Guillaume Arnaud, asistente, Gabriel Richet, secretario, Étienne Lamarque, prefecto de probandos, y Jacques Dutilh, antiguo prefecto, se encontraron con el Reverendo Padre Joaquín de la Virgen, síndico de los Carmelitas. Tras los preliminares, el notario escribió:

Deseando tanto dicha comunidad, representada por el Reverendo Padre Joaquín de la Virgen, síndico de la misma en el presente, y consintiendo que dichos prefecto, asistente, secretario y tesorero de dicha congregación, eviten que en el futuro los congregantes pretendan o imaginen tener algún derecho sobre el mencionado local, los dichos prefecto, asistente, secretario y tesorero reconozcan, tanto para ellos como para sus otros congregantes, que ni ellos ni sus sucesores tendrán ningún derecho de propiedad ni de usufructo alguno sobre dicho local o capilla, no habiendo contribuido en nada a la construcción de dicho edificio que, por el contrario, pertenece a los Reverendos Padres Carmelitas, por depender y formar parte del citado convento de Chartrons, que no les ha concedido dicho local más que por gracia especial y mediante el pago de cien libras por cada uno de los cinco primeros años a contar desde el primero de enero de mil setecientos sesenta y nueve, a saber, por los gastos de cera, de los asientos y otros gastos de esta especie, y mientras dicha congregación tenga el permiso de la citada comunidad que, en todo tiempo, será dueña de aumentar el precio o de tomar para su uso dicho local, sin ninguna forma o figura de proceso, en cuyo caso dichos congregantes podrán únicamente retirar los adornos que hayan hecho poner en dicha capilla y los ornamentos, si los hubiera entonces pertenecientes a dicha congregación, pues los citados Reverendos Padres Carmelitas no quieren entrar en los gastos precisos para la decoración: porque así ha sido convenido y determinado todo entre dichas partes, para la ejecución de lo cual los citados prefecto, asistente, secretario y tesorero se someten a las normas de derecho.

Redactada en la más pura jerga de leguleyos, esta página será reproducida en el contrato de nueve años que el 17 de julio de 1776 los señores Gilles Guilhem, prefecto, Jean Bouilh, joven, primer asistente, Pevia, segundo asistente, Dutilh, secretario, Derive, tesorero, Moreau, sustituto del secretario, firmarán con el Padre Esteban de San Luis, sacerdote, religioso, síndico del convento. En esta fecha, la retribución debida anualmente será de ciento cincuenta libras. En virtud de una nueva cláusula, los citados prefecto, asistente, secretario y tesorero podrán colocar bancos delante de la capilla de santa Teresa los días de sus fiestas y el cuarto domingo de cada mes, reconociendo no tener ni poder pretender derecho de bancos ni en la iglesia ni en las capillas bajo este pretexto y en razón de dicho permiso que no se les ha concedido y que no ven más que como efecto de la bondad de dicha comunidad, a la que le será lícito variarles de este favor cuando le parezca bien, a lo largo de dichos nueve años.

En su capítulo del 23 de marzo de 1776, la comunidad había aceptado también conceder «el derecho de sepultura de congregantes, en los dos pasillos de san José y de santa Teresa», pero «solo a ellos y a los que vengan tras ellos, no a sus parientes, por la suma de mil libras». ¿Surgió después algún impedimento? ¿Encontraron los congregantes el precio demasiado elevado? El caso es que esta disposición no apareció en el contrato firmado cuatro meses más tarde.

A partir de ese momento, la historia de la capilla se nos escapa, tanto como la de la misma congregación, de la que no hay un solo documento conocido que nos permita hoy describir su vida o su actividad. Todo lo que sabemos es que «el año seis de la República francesa, el 8 del mes de germinal», cuando quiso proceder a la valoración del edificio para la administración central del departamento, el arquitecto encargado, Jacques Roux, no encontró más que una gran sala «revestida de madera hasta media altura y techada», con «una tribuna de unos diez pies de largo, a la que se accedía por una escalera lateral de madera. La parte baja formaba un pequeño cuartito». Vendida y revendida con la bodega que había debajo, adjudicada por fin a un capitán de navío, Jean-Baptiste Darrignand, el 28 de mesidor del año 8, «después del noveno fuego, por 150.000 francos», la humilde capilla caerá bajo la piqueta de los demolidores, durante el acondicionamiento de la actual calle Sicard.



Gracias a documentos más numerosos, conocemos mejor la obra que aseguró la supervivencia de la congregación de los artesanos jóvenes.

Cuando los jesuitas fueron expulsados por el Parlamento, nos informa el sacerdote Bertrand, que parece apoyarse en textos, de que

la congregación se vio obligada a suspender sus ejercicios (1764), pero Mons. de Lussan, celoso de la gloria de Dios y del culto de la Santísima Virgen, no quiso que una corporación tan ventajosa para la Religión dejara de existir.

Habiendo obtenido la conformidad de los PP. Capuchinos, erige la congregación en la capilla de estos por una pastoral de julio de 1765.

Como testifica un decreto publicado en 1776 por el Parlamento de Burdeos, la congregación erigida anteriormente en el noviciado jesuita se había fusionado con su hermana, expulsada del colegio. Los hermanos eran numerosos. Con la funcionamiento diario, los ejercicios de los congregantes se manifestaron poco en armonía con el servicio general de la iglesia de los religiosos. Hubo que pensar en otra solución. ¿Por qué no se construían los congregantes una capilla separada, en el mismo terreno de los Capuchinos, y estos, no teniendo más que procurar un director, recobrarían toda la libertad de movimientos en su iglesia?

Se pusieron de acuerdo. Estos *artesanos* eran de hecho pequeños burgueses bien situados; el gasto no suponía un obstáculo. El arzobispo daba todos los permisos. El 12 de mayo de 1769, en el estudio del Sr. Laville, notario real, se firmó un tratado entre

el Señor Christophe Caila, escudero, secretario del rey, de la casa de la corona de Francia, consejero en la cancillería en la Corte de los Aydes de Guyena, actuando en calidad de Padre espiritual de los RR. PP. Religiosos Capuchinos de la ciudad, ... asistido por el R. P. Pavin, guardián de dicho convento, por una parte, y Pierre Lurteau, prefecto, Laurent Capdefer, asistente, Pierre Baudoin, tesorero, Jean Lurteau, secretario, Barthélemy Barade, Pierre Detan, Pierre Lasserre, Antoine Parade y Jean Heubert, todos hermanos de la congregación de Artesanos de la ciudad, instituida y haciendo su servicio en la iglesia de dichos RR. PP. Capuchinos, haciendo tanto para ellos como para todos los demás cohermanos de la congregación, por otra parte.

El preámbulo recuerda la aprobación dada al principio por los Capuchinos, el aumento del número de congregantes, los inconvenientes experimentados por los religiosos y sus quejas. Por su parte,

dichos hermanos de la citada congregación, reconociendo que realmente sus ejercicios y sus oficios molestan e interrumpen los de dichos RR. PP. Capuchinos por el gran

aumento de hermanos de esta congregación, vista sobre todo la escasa capacidad de su iglesia, y deseando la congregación sobre todo mantenerse siempre bajo la dirección de los RR. PP. Capuchinos; dichos congregantes les habrían rogado a menudo con mucha insistencia, como lo ruegan y solicitan por las presentes, que les permitan construir a sus gastos y expensas una capilla en su pequeño jardín y en el lugar que juzguen oportuno, para poder hacer allí sus ejercicios y oficios, lo que sería la única forma realista de no interrumpir a dichos RR. PP. Capuchinos de ninguna forma, ofreciendo además los congregantes hacer construir dicha capilla del tamaño y forma que los RR. PP. Capuchinos encargados de ello estimen conveniente y en general bajo las demás condiciones que quieran imponer a dicha congregación.

Para la construcción se ponen cuatro condiciones:

1º el terreno sobre el que se asentará dicha capilla será y pertenecerá siempre en total propiedad a los citados RR. PP. Capuchinos.

2º dicha capilla será construida en el lugar de dicho pequeño jardín que quieran indicar los RR. PP. Capuchinos, y del tamaño y forma que estos estimen conveniente.

3º si dichos congregantes, por sí mismos o por inducción o autoridad exterior, vinieran a sustraerse a la dirección de los RR. PP. Capuchinos, entonces: dicha capilla permanecerá enteramente en propiedad de dichos RR. PP. Capuchinos, solo en cuanto a los materiales, según la ley de que lo accesorio sigue a lo principal, el edificio al suelo, sin que los Señores congregantes puedan en tal caso usarla a pesar de los citados RR. PP. Capuchinos, o estos verse obligados a entregarla.

4º si dichos RR. PP. Capuchinos quisieran por sí mismos descargarse de esta dirección – lo que les será lícito hacer– por demasiado onerosa o por otras razones, o si la autoridad les arrebatara absolutamente la dirección, la congregación será libre de demolerla y disponer como quiera de los materiales, si no le interesa más dejarles dicha capilla, sin ningún derecho a hacerse dirigir por otros, ya que el local seguiría siempre, como se ha dicho, perteneciendo a los mencionados RR. PP. Capuchinos, libertad que, sin embargo, no tendrán si la dirección de dichos RR. PP. Capuchinos no fuera interrumpida sino por falta de poder, es decir por la prohibición de los Padres destinados a ello o de la comunidad, que podría durar o no, a discreción del Ordinario; en este caso la congregación estaría obligada a parar, sin tener derecho a la demolición, a menos que fuera por autoridad inmediata del Rey.

Con tal contrato en mano, los interesados pensaban haber obviado todas las dificultades. Pero olvidaban que, según las reglas de su Orden, los RR. PP. Capuchinos no eran propietarios del recinto que la ciudad había puesto a su disposición. Era no contar con la Magistratura. Esta se conmocionó e intervino para conducir a los contratantes a la realidad del derecho.

La usurpación era patente. Los Capuchinos se apresuraron a declararse culpables, invocando las circunstancias atenuantes y apelando al buen corazón de los magistrados.

Los Padres Capuchinos elevaban su súplica transcrita en el registro de la Magistratura, reconocen que se han apresurado en exceso a satisfacer el deseo del Señor Arzobispo y el celo de los artesanos. Deudores de su establecimiento a los Señores Magistrados de Burdeos, debían previamente haber pedido y obtenido su consentimiento; pero la prisa de los artesanos por un lado, y el deseo manifestado por el Señor Arzobispo por otro, han sido las únicas causas de la falta cometida para con los Señores Magistrados. Se atreven a esperar de la bondad y de la protección con que los honran que tengan a bien olvidarla y autorizar el contrato que se ha establecido, y consentir que se construya dicha capilla... Todos nuestros religiosos seguirán sin cesar elevando sus oraciones y sus votos por la felicidad de la ciudad y la prosperidad de cada uno de los Señores Magistrados.

En cuanto a los artesanos, silenciaron totalmente el falso paso dado, limitándose a decir:

Habiendo obtenido, en lo espiritual, gracias del Señor Arzobispo, y por consentimiento de los RR. PP. su instalación en el local y al interior de su comunidad y casa en la que están preparados para edificar, los hermanos de la congregación de artesanos tendrían que reprocharse, Señores, reconociéndose fundadores de este convento y comunidad, si, en lo material, no implorasen muy humildemente y con respeto, el honor y la gracia de vuestro acuerdo y aprobación para el mantenimiento y sostén de su institución para el porvenir junto a estos Padres. Es gracia que esperan, Señores, de vuestra benevolencia ordinaria, y en justicia.

Entre tanto el Padre guardián que había sobrepasado sus derechos, había cedido el puesto a otro, sin que se pueda decir si hubo relación de causa a efecto. En su respuesta, la Audiencia reafirmó categóricamente sus prerrogativas. El acta de 4 de junio decía:

Requerimos que se impida y prohíba a los Capuchinos de esta ciudad consentir ni suscribir ningún acta pública ni sin legalizar sobre la propiedad o el uso de terrenos o edificios que formen parte de dicha fundación con terceras personas ajenas a su comunidad, bajo cualquier pretexto, sino con el permiso y consentimiento de los magistrados.

Después, una vez administrada la lección del maestro a sus alumnos, la autoridad municipal se suavizaba y seguía:

Sin embargo, atendiendo a las señales de sumisión y respeto contenidas en la petición de los demandantes, no impedimos que, usando de indulgencia, el contrato del 12 de mayo de 1769 establecido entre los Capuchinos y los hermanos de la congregación de Artesanos, sea autorizado y confirmado por la magistratura, para ser ejecutado, según su forma y tenor en las condiciones en él contenidas, y con la carga además y no de otra forma, de que las armas de la ciudad sean colocadas, a cuenta de la congregación de los Artesanos, tanto fuera como dentro de dicha capilla de la congregación, y que además será levantado y aprobado el plano de esa capilla, *ne varietur*.

La empresa ya no encontró esta vez más obstáculos. Se construyó el edificio, que aún existe hoy, desafectado y albergando un taller de carpintería. No se había buscado ningún efecto artístico. Adosado al muro del recinto, a la misma distancia, más o menos, de la actual calle Marbotin y del convento de los religiosos, era una gran sala, aproximadamente de las mismas dimensiones que la de la congregación de Chartrons, catorce metros de largo, seis de ancho y seis de alto. Cuatro vanos abovedados de dos metros cincuenta de alto por uno de ancho por cada lado aseguraban la iluminación. Al fondo, detrás del altar, un tabique cerraba una pequeña sacristía. Era simple, decente y suficiente para las necesidades de la congregación.

La Magistratura no se había limitado a autorizar la construcción. Cuando ésta se terminó, «como no tenían permiso para adornar la capilla», los prefectos y sus asistentes

suplicaron a los Señores Alcalde y Ediles les concedieran el altar de la capilla doméstica de la casa noviciado jesuita, para que les sirviera en su capilla, de la que la ciudad era fundadora a doble título. Sobre lo que, considerando que, si se desmontara el altar, habría muy pocas consecuencias para la ciudad, los Ediles deliberaron que se daría a la capilla de la congregación a condición de que los congregantes ofrecieran una misa rezada a perpetuidad, cada año, el primer domingo del mes de mayo, por la ciudad y por los Señores Ediles en particular.

Por boca de su prefecto, Antoine Barade, rodeado por sus dos asistentes, Michel Duchon y el P. Bernard, la congregación fue a dar las gracias, aceptar la condición y recibir el altar. A partir de esta fecha, el primer domingo de mayo se convirtió cada año en un acontecimiento para la congregación e incluso para la ciudad de Burdeos.

Nada más significativo al respecto que la narración que cada año se reproduce, sin grandes variantes, en el registro de la Magistratura. Algunos días antes del domingo fijado, el prefecto de la congregación, sus asistentes y varios oficiales van a ella, tras haber solicitado audiencia. Introducidos solemnemente, repiten los sentimientos de los congregantes, recuerdan su compromiso, expresan el deseo de cambiar la misa rezada por una misa cantada, y de ver a los magistrados honrar la ceremonia con su presencia. Se acepta la invitación. Llegado el domingo, revestidos con sus togas rojas, precedidos por un oficial, un destacamento considerable de la guardia armada a pie, trompeteros de casaca, sargentos de policía, ujieres, heraldos de armas, furrieles y maceros, todos con capa y ropa de ceremonia, mientras la gran campana advierte a todos los habitantes, los ediles salen del ayuntamiento. El cortejo avanza por el Foso de San Eloy. Por la calle Leyteire, llega a la de las Carmelitas y la calle Parmentade, atraviesa la plaza del Maucaillou, toma la calle Saumenude y por la calle Marbotin llega a la puerta del convento. Allí les espera toda la comunidad de Capuchinos. El Guardián acoge a los Magistrados y luego el cortejo, reforzado por los monjes, es conducido hasta la entrada del patio en el que se eleva la capilla. Avanza entonces entre una doble hilera de congregantes, «al ruido de una descarga de varias piezas de artillería colocadas en el patio». A la entrada de la capilla, rodeado por el diácono, el subdiácono y los principales oficiales de la congregación, el religioso que debe presidir la misa, por regla general el director, ofrece agua bendita, saluda y entona el *Te Deum*. Se entra al son de versículos triunfales, los oficiantes suben al presbiterio y los Ediles van a los sillones dispuestos junto al comulgatorio, del lado del Evangelio, tras los reclinatorios recubiertos de tapices con las armas de la ciudad. La misa desarrolla entonces su liturgia más solemne. En la epístola, el prefecto se presenta ante los magistrados y les ofrece flores en una bandeja recubierta con una banda; otro congregante las ofrece también,

en menor cantidad, a un oficial de la guardia, al macero, al heraldo de armas y a las demás personas del cortejo.

Tras las flores, el incienso, con todo el ceremonial entonces en uso, y luego las ofrendas durante las cuales cada miembro de la Magistratura va a depositar en la balaustrada tres libras, que un ujier de la ciudad ha venido a presentarles unos instantes antes. ¡Qué orgullosos deben estar entonces los artesanos de los Capuchinos de rezar con el Señor Alcalde, el Señor adjunto al Alcalde y con los Señores Ediles! ¡Cómo tienen que felicitarse de tener tales protectores! ¡Qué bien inspirados estuvieron al pedir el altar que era ya inútil en un noviciado desafectado!

Termina la misa, se expone el Santísimo Sacramento, los cantos de la *Bendición* llenan la capilla. Cuando el sacerdote eleva la custodia, una nueva «descarga de artillería» sacude el aire alrededor. La sigue otra, varios minutos más tarde, indicando que el oficio ha terminado, que los magistrados salen de la capilla y que va a formarse el cortejo para volver a conducirlos detrás de la torre de la Gran Campana, con la misma ceremonia con que habían venido.

Durante cerca de veinte años cada primer domingo de mayo la humilde capilla vio renovarse el mismo espectáculo, que sin duda no fue extraño a la influencia que la congregación pudo ejercer sobre la vida bordelesa. Cuando, bajo el Terror, otros espectáculos retenían la atención y las miradas sobre la Plaza de la Nación, más de un congregante debió evocar el pasado con nostalgia.



Cuando la congregación pasó de la dirección de los Jesuitas a la de los Capuchinos, hubo que revisar los estatutos. Es probable que se limitaran a cambios mínimos, a los únicos que no se podían evitar. Tenemos la edición de 1786, donde encontramos la congregación tradicional.

Es cierto que, para empezar, se sorprende uno al constatar el lugar que tiene en ella la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Todos los primeros domingos de mes se cantan las Letanías del Sagrado Corazón. El día de la fiesta del Sagrado Corazón, fijada el tercer domingo después de Pentecostés, se invita a los congregantes a comulgar. Ese día además recitan el oficio con las nueve lecturas y, antes de la bendición, el acto de desagravio al Sagrado Corazón. El librito de los *Estatutos* contiene además un acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús, y la página final lleva una viñeta de este con estos versos:

Sagrado Corazón de Jesús,
sed la vida de nuestra vida.
¡Contribuyamos a su victoria!
Él debe triunfar en nuestros corazones.
Es nuestro amor, es nuestra gloria:
¡seamos, pues, sus adoradores!

Parece incluso que el sello de la congregación representaba al Sagrado Corazón. En todos estos detalles es imposible no ver una intención muy clara y una insistencia subrayada.

Sin embargo, un momento de reflexión basta para darse cuenta de que esta devoción no nació al trasladarse la congregación al terreno de los Capuchinos: es un legado de la Compañía, que fue su propagadora ardiente, y un rasgo particular que la congregación debió tomar durante el siglo XVIII. ¡Hermoso ejemplo de flexibilidad de las congregaciones, abiertas a todas las devociones sólidas! ¡Hermoso ejemplo también de la armonía natural que une el culto a la Madre con el culto al Hijo!

Al haber entrado por este camino, la congregación de la Inmaculada Concepción no había sacrificado nada de sus tradiciones.

La autoridad pertenece en ella a un director –un Padre Capuchino– y a una Mesa formada por un prefecto, dos asistentes, un decano, doce consejeros, un secretario, un tesorero de los pobres y un tesorero de la capilla. Un prefecto de probación preside la formación de los nuevos socios. Un sacristán y tres ayudantes aseguran el mantenimiento y adorno de la capilla. Un detalle deja suponer una gran estabilidad entre los miembros: hay que llevar seis años como congregante para poder acceder al cargo de segundo asistente, luego ocho años para ser elegido primer asistente, y por fin diez años para llegar a ser prefecto.

Innovación sin duda: un *síndico* debe tratar los asuntos de la congregación con los magistrados y con el arzobispo. Quienes desean ser recibidos como congregantes deben dirigir a la Mesa una petición escrita y

poner en su petición que están resueltos a:

- 1º ser asiduos a los oficios, exhortaciones y predicaciones que se celebran todos los domingos y fiestas.
 - 2º frecuentar a menudo los sacramentos.
 - 3º cuidar y asistir a los pobres enfermos y acompañar al Santísimo Sacramento cuando se lo llevan.
 - 4º asistir a los entierros y oficios que se hacen por los difuntos.
 - 5º contribuir a los gastos y al mantenimiento de la capilla.
- Nunca se recibe a ningún hermano de congregaciones establecidas en la ciudad o en los arrabales sin fuertes razones aprobadas y firmadas por los jefes de dichas congregaciones.

Una disposición especial, que hace pensar en lazos de parentesco en tiempos de los jesuitas, regula que nunca habrá

ninguna comunicación ni unión en asuntos materiales entre esta congregación y la que está establecida en el convento de los Padres Carmelitas de Chartrons, ya que ambos cuerpos tienen una existencia totalmente diferente y separada.

Con ello los congregantes deseaban sin duda evitar susceptibilidades y prevenir todo conflicto.

La ofrenda que se debía hacer el día de la recepción es de dieciocho libras y la contribución anual de cada uno a los gastos comunes se fija en tres libras, sumas que serían enormes si se tratara de simples obreros y no de «Señores».

El acto de consagración pronunciado en la admisión canónica es el mismo que François Coster indicaba en su *Libellus Sodalitatis* en 1576, y que hoy se llama *Acto de san Juan Berchmans*. Contiene también la añadidura que inspiró el misterio de la Inmaculada Concepción, en 1681, a los colegiales.

Cada domingo y cada fiesta se reúnen a las 6 «desde Pascua hasta Nuestra Señora de septiembre», y a las seis y media desde Todos los Santos hasta Pascua. En estas reuniones se recita el oficio de la Virgen, escuchan una exhortación del director y asisten a la misa. Cada mes eligen sentencias piadosas destinadas a dar materia de trabajo espiritual a los hermanos. Del 9 de septiembre hasta el domingo que precede a san Martín, igual que desde el lunes de Ramos hasta el domingo de *Quasimodo*, se suspenden todos los ejercicios, para dar a los congregantes libertad para cumplir sus deberes parroquiales.

Los miembros de la Mesa, por su parte, se reúnen el tercer domingo de cada mes.

Las solemnidades eran raras. A petición de los Capuchinos, Mons. de Lussan había excluido expresamente en su decreto de erección, la solemnidad de las fiestas de la Concepción, la Purificación y la Natividad, «porque estas tres fiestas se celebraban desde siempre con solemnidad» en la iglesia del convento. En 1776, sin advertir al *Guardián* –ni a su director, sin duda– los congregantes obtuvieron de los vicarios generales el permiso de solemnizar estas fiestas en su capilla y de hacer tres días de retiro con ocasión de Pentecostés. La intención era loable, pero era imponer nuevas cargas a los religiosos, que no dejaron de presentar sus observaciones.

El 27 de noviembre de 1777, «reunidos en congregación», Jean de Cadillac, guardián, Prosper de Marmande, viceguardián, Léon de Montech, director de la congregación, Christophe de Bordeaux, Cajétan de Marmande, y Raphaël de Marmande redactaron una súplica. El último decreto,

en contra de su intención [de la congregación], resulta oneroso y penoso, e incluso nocivo, por circunstancias particulares, para el bien de los fieles.

Por desgracia de los tiempos, la comunidad... está reducida a once sacerdotes ancianos, entre los cuales hay tres que no confiesan, otros tres enfermos y viejos, fuera de servicio; los cinco restantes apenas pueden bastar para el ministerio en la ciudad y en el campo.

En estas condiciones, decían los demandantes, la celebración de estas tres fiestas, que realizamos en nuestra iglesia, no nos permite repartirnos entre el servicio de la capilla de los Artesanos y el de nuestra iglesia, pues, por las fiestas, por las predicaciones que nos piden fuera, el número de confesores es muy inferior a la cantidad de fieles que reclaman nuestro ministerio.

El retiro de Pentecostés –seguían– no nos es menos pesado, o más bien nos es imposible, ya que en ese tiempo, igual que en las fiestas anuales, estamos, a pesar de

ser tan pocos, muy ocupados por el ministerio: fuera, para llenar nuestros compromisos con varias parroquias rurales, y dentro, para servir a las de la ciudad.

En consecuencia pedían poder atenerse al decreto de Mons. de Lussan, y terminaban así:

Les suplicamos aún, en interés de la congregación, que no les permitan innovar ni añadir por su propia autoridad, a su régimen ni a los ejercicios públicos de piedad que han observado desde siempre, y que son enteramente suficientes y adecuados a su estado, y les ordenen sigan regularmente unos y otros. Y nosotros seguiremos instruyéndolos y conduciéndolos por los caminos de Dios con los Señores Pastores y bajo vuestra autoridad, como lo hemos hecho siempre. Y los suplicantes no cesarán de pedir al cielo por vuestra salud.

Ningún documento nos da a conocer la solución de este pequeño conflicto, pero no carece de interés reproducir aquí el horario cotidiano del retiro pedido por los hermanos:

- 5h *Veni Creator*, la oración de la mañana y un cántico.
- 5½ Primera misa.
- 6 Oficio de la santísima Virgen hasta *Tercia*.
- 7 Primera meditación.
- 8 Segunda misa.
- 8½ *Tercia*, *Sexta*, *Nona*, y un cántico.
- 9 Lectura espiritual.
- 9½ Segunda meditación.
- 10½ Letanías de la santísima Virgen y un cántico.
- 1½ El rosario y los cánticos.
- 2 La consideración.
- 3 Vísperas y Completas.
- 3½ Letanías de la Santísima Virgen y un cántico.
- 4 Lectura espiritual.
- 4½ Meditación.
- 5 Bendición del Santísimo Sacramento.

En los siglos pasados se levantaban pronto y les gustaban las carnes fuertes, los manjares muy sazonados.



También se preocupaban de las indulgencias más que hoy. Nuestros piadosos hermanos se dirigieron varias veces a Roma para obtenerlas y se han conservado dos documentos notariales en su traducción francesa.

El primero, de 6 de enero de 1771, emana de Clemente XIV. No concedía a los congregantes más que una indulgencia plenaria, en las condiciones ordinarias, una vez al mes, pudiendo aplicarse a las almas del purgatorio. El 5 de febrero del mismo año, el cardenal de Rohan, aludiendo al documento pontificio, decidió que la indulgencia se ganaría el primer domingo de cada mes.

La concesión de Clemente XIV se había hecho por siete años. Debíó seguirle otra, válida para cinco años: ninguna traza nos queda de ella si no es el intervalo de cinco años que va desde la expiración del primer breve a la recepción de otro, de Pío VI, en 1783.

Este colmaba todos los deseos de la congregación: recordaba su pasado bajo la dirección de los jesuitas, su traslado al convento de los capuchinos y le concedía a perpetuidad todas las indulgencias y favores que antiguamente confería la afiliación a la *Prima primaria* del

Colegio romano. Dado en Roma el 13 de mayo, el breve fue promulgado en Burdeos, por Mons. Champion de Cicé, el 4 de junio.

Muy pocos documentos más nos informan sobre la congregación.

El 15 de marzo de 1776, a petición de los hermanos, el Parlamento levanta a los peticionarios el embargo de una pequeña cruz, un incensario con su naveta, una pequeña «reserva», de plata igual que las piezas anteriores, un frontal de altar, dos pequeños relicarios y una hornacina de madera dorada. Todo, que provenía, sin duda, de la congregación erigida en el noviciado jesuita, había sido depositado «en manos de los religiosos benedictinos», los que, habiendo hecho la entrega, quedaron «pasablemente descargados». El 18 de septiembre de 1782, Mons. Champion de Cicé autoriza a los mismos hermanos a «vender una cruz, una custodia, unas vinajeras con su bandeja o platillo, todo de plata». «Tienen todos estos objetos duplicados para el servicio de la capilla que les está destinada» y desean aplicar el producto de la venta a liquidar una deuda de ochocientas libras, «cuyo interés están pagando».

Un testimonio de buena conducta, de 13 de agosto de 1787, nos da a conocer el nombre del último director de la congregación, el P. Mathieu, y el de un congregante de esta época, Jean Triat, «habitante de Chartron, parroquia de Saint-Remy»:

Edificó a la asociación tanto por la frecuentación de los sacramentos como por su asiduidad a los santos ejercicios que allí se hacen.

Un papel de 1776 merece también retener la atención. Es una afirmación de fidelidad a las reglas de la congregación. El contexto deja entender que cada año se entregaba este testimonio a los miembros dignos de él. Nos muestra también que la consagración a María iba precedida por la renovación de las promesas del bautismo. Por fin, gracias a las firmas, aparece en la pequeña historia un consejo y un equipo directivo más; estaba formado por el P. François Honoré de Périgueux, capuchino, capellán, André Pichon, prefecto, L. Piverger, primer asistente, Jacques Dador, segundo asistente, Pailloy, secretario, Jean de Larue, sustituto, Lapérère, síndico, y Ordonno, decano.



El domingo 3 de mayo de 1789, los Ediles, reunidos en el Ayuntamiento, se preparaban a ir oficialmente, como cada año, a la capilla de la congregación, cuando «asuntos extraordinarios» trastornaron el programa. El destacamento de guardia entró en el barrio y un correo fue a avisar a los hermanos, a los que remitió doce libras como ofrenda de la Magistratura. Se anunciaba la Revolución.

Sin embargo, un año más tarde la congregación acogió un cortejo como jamás había recibido. La corporación municipal sucesora de la Magistratura iba en ella. Tras el destacamento de guardia conducido por su capitán, rodeando al conde de Fumel, alcalde de Burdeos, y revestidos como él con su fajín, estaban Séjourné, Bazanac, Crozillac, Duvergier, Alphonse, Chicou-Bourbon, Despujols, Duranteau, Desmirall, Vignerón, Arnoux, Courau, oficiales municipales y Barennes, procurador del municipio. El alcalde respondió amablemente al saludo del celebrante. La municipalidad había determinado la víspera que no recibirían incienso ni en esta capilla ni en ninguna iglesia, y se respetó la decisión. Pero tras el Evangelio, el alcalde y los oficiales municipales se adelantaron uno tras otro a la ofrenda, donde dejaron

cada uno tres libras, que les había distribuido uno de los ujieres, en una canastilla, instantes antes.

Cuando, acabada la misa, el capitán de la guardia puso el cortejo en marcha en dirección a San Eloy, los congregantes pudieron pensar que jamás les habían honrado tanto.

Último destello de una llama que la tempestad va a extinguir. Ocho días antes, representantes de estos mismos oficiales municipales habían ido a interrogar a los religiosos acerca de su intención «de salir de las casas de su orden o de permanecer en ellas». Los acontecimientos se precipitarían: Constitución civil del clero, elección de párrocos constitucionales, clausura de los conventos y de las iglesias, decretos contra los refractarios... El alcalde de Burdeos ya no irá con su consejo a asistir a la misa fundada a perpetuidad por la Magistratura de el 15 de abril de 1771.

La congregación trató como pudo de separar su suerte de la que corrieron los PP. capuchinos, igual que los demás religiosos. En diciembre de 1791 aún dirige una petición al Directorio del Distrito para obtener permiso de continuar el servicio divino en la capilla. «Oído el síndico procurador», el Directorio reenvió la petición a la Municipalidad, «para verificar los hechos y hacer sus observaciones». Pero muy pronto la 25ª Sección de Burdeos, llamada la *Perfecta-Unión*, se reúne a diario allí donde los congregantes recitaron el oficio de la Virgen durante más de veinte años. Por fin, a principios de noviembre de 1793, un alfiletero que vivía en la calle Bouquière nº 1, de 65 años, se presentó al alcalde Bertrand. Era Michel Duchesne hijo, anteriormente miembro de la cofradía de congregación establecida en los antiguos capuchinos.

Viene a hacer entrega de los objetos de plata y ornamentos de culto provenientes de dicha congregación.

¿Fue denunciado? ¿Tuvo miedo? Nunca lo sabremos. Citado como testigo al año siguiente, en el proceso iniciado contra Bertrand por malversación, dirá únicamente que había pedido un recibo –rehusado, por otra parte –

para poder justificar a sus hermanos que había realizado esta entrega.

¡Qué importa! Desafectada la capilla, fundida la plata, profanados los ornamentos litúrgicos y reducidos al estado de trapos, el espíritu de la congregación no morirá. Miembros fieles lo guardarán durante los días más sombríos y, diez años más tarde, al comenzar el siglo XIX, un hermoso grupo selecto de la juventud bordelesa entrará en posesión de la herencia secular.

CONCLUSIÓN al Libro I

“La congregación se gloria justamente de su antigüedad; es la heredera de todos los privilegios de las congregaciones más antiguas”.

Es G.-J. Chaminade quien se expresa así en 1819. Desde 1800 se consagró a la organización y dirección de una congregación mariana, para agrupar, bajo los auspicios de la Virgen, a los cristianos dispersados por la maldad de los tiempos y la apostasía de las masas. Guiado por su realismo de buena ley, creó una obra joven, bien adaptada a las circunstancias, muy apropiada para servir a la causa cristiana en el siglo XIX y diferente de las antiguas congregaciones en varios puntos. Siempre, sin embargo, recordaba los lazos que la unían al pasado y se gozaba en hacer remontar el origen de su congregación hasta los orígenes mismos de las congregaciones, en particular hasta la bula de Sixto V, de enero de 1587. No se equivocaba, a pesar de no tener a su disposición documentos históricos. Por la congregación de Sainte-Colombe, de la que había recogido ciertos elementos dispersos y que era heredera de dos congregaciones jesuitas, la de la Purificación y la de la Asunción, se unía real e históricamente, a la primera congregación formada en el colegio de la Magdalena en tiempo de la bula *Suprema dispositione*. Y no menos se unía a ella por la congregación de artesanos, la congregación de la Inmaculada Concepción, hermana menor del *Sodalitium majus*, que había dejado el colegio por la casa profesa en 1624 y que seguía entonces el *Sodalitium Deiparae* de los orígenes.

Durante más de dos siglos, a pesar de violentas sacudidas, la Providencia había mantenido estas asociaciones y las había convertido en semillero de vocaciones religiosas o sacerdotales, en hogares de vida interior, en centros de edificación y de apostolado. Había llegado el momento en que Dios quería que «bajo la sabia dirección» de un Misionero apostólico, antiguo discípulo y amigo de los Sres. Langoiran y Lacroix, fueran «la santa milicia» de los tiempos nuevos.